

LA CATEQUESIS DEL SIGLO II

Danileau, Jean. La catequesis en los primeros siglos. Monte Carmelo, Burgos, 1998.

Sin duda la expresión de estructura de la catequesis puede entenderse de muy diversas maneras. Aquí nos fijamos en ella en cuanto se distingue del contenido doctrinal. Pero tampoco conviene minimizar la importancia de esta estructura, reduciéndola simplemente al marco dentro del cual se encierra la doctrina. Tal vez nada expresa mejor el carácter de **iniciación integral a la vida cristiana que es la catequesis**, como la estructura en que se apoya y que le ayuda a expresarse. Se correría el riesgo de no entender nada sobre el alcance real del contenido de la catequesis, si desconociéramos la exigencia a la que responde y el desarrollo que toma.

Toda estructura, sea en el campo que sea, es el modo orgánico en que los elementos se unen entre sí dentro del conjunto. Esta definición se aplica con toda propiedad a la catequesis, cuya estructura se delinea por las dimensiones temporales, sociales y espirituales que constituyen los pasos de conversión.

Primeramente, la dimensión temporal: la preparación al bautismo necesariamente se desarrolla en el tiempo, etapa por etapa, según el dinamismo de toda clase de vida y de crecimiento. Esto ya se advirtió, aunque de modo global e implícito, en el Nuevo Testamento. Al final de esta época en que ahora nos ocupamos, nos será ya posible distinguir una preparación remota al bautismo; luego, el catecumenado propiamente dicho; y finalmente, la preparación inmediata escalonada también según un ritmo preciso. Es un primer aspecto de la estructura de la catequesis. Pero el que se prepara así al bautismo no es un individuo aislado; vive en una comunidad, de la que es solidario, y esta comunidad —la Iglesia— se prepara a acogerlo en su seno, después de haberlo acompañado a lo largo del camino. Existe, por lo tanto, una dimensión social de la catequesis, la misma del cristianismo; ya veremos como ésta se expresa de manera visible y cada vez más institucional, a medida que avanzamos en los siglos.

La preparación al bautismo es para el catecúmeno una aventura espiritual en la que todo su ser se compromete. Tendrá que conocer el contenido de su fe en la historia de la salvación, y la catequesis se hará dogmática. Pero deberá también encarnarse cada día en todas las dimensiones de la vida humana, y así la catequesis se hará moral, y desde el momento en que se le admite a la fuente de vida de los sacramentos, tendrá que aprender toda la riqueza de éstos en una catequesis sacramentaria. Todos estos aspectos nos están indicando nuevas dimensiones. Nos queda sólo profundizar en una última dimensión. Porque no se entra en esta nueva vida sólo por el conocimiento, sino también y sobre todo por la experiencia, que es fundamentalmente conversión, combate espiritual, lucha contra el demonio para adherirse a Cristo. Por esto, la catequesis adquiere también un carácter ritual a lo largo de la preparación al bautismo, durante la cual la Iglesia pone todos sus recursos de oración y de acción al servicio de quien ha de entrar en el combate entre Cristo y Satanás.

La estructura de la catequesis es esta conjunción de todos los elementos que constituyen el camino hacia el bautismo. Parece que es posible dividir este manojo en dos grandes orientaciones simples. La primera, en cuanto a extensión, se expresa esencialmente por etapas sucesivas. La segunda, más en profundidad, junta a la vez los diferentes aspectos que ya hemos destacado en cada momento de la catequesis. Nos serviremos de ambas orientaciones para describir la estructura de la catequesis. Comenzaremos por seguir el desarrollo del catecumenado tomando como hilo conductor la **Traditio Apostólica** de Hipólito de Roma, complementada con los testimonios que nos ofrece el siglo IV. Trataremos luego de presentar lo complejo de la catequesis, recorriendo cada una de sus etapas. Pero como la estructura es única, concluiremos teniendo en cuenta a la vez ambas orientaciones, tal como las hallamos sorprendentemente unidas en la proximidad del bautismo.

Esta unidad tiene que ponernos en guardia contra la tentación bastante corriente de una concepción demasiado formalista del catecumenado. Se correría el peligro de confundir la estructura profunda y la organización institucional. La organización del catecumenado no es un fin, sino un instrumento. Siempre dice relación con el

paso fundamental de conversión a Cristo, que ella misma expresa y mantiene. No parece ilusorio el peligro de hacer discurrir el camino hacia la fe por los cauces hoy ya bien conocidos de un catecumenado "institucional". Ciertamente, las etapas de este camino serán siempre fundamentalmente las mismas; es aquí donde nos encontramos con nuestra estructura. Pero su duración, sus modalidades externas pueden variar. Hay una libertad del Espíritu que la institución nunca puede entorpecer; los testimonios del Nuevo Testamento nos lo recuerdan. Muchas veces habrá que abreviar el catecumenado, si el postulante tiene ya las disposiciones requeridas: fe profunda, conversión anterior, conocimiento. Otras, por lo mismo, será necesario prolongarlo. Siempre habrá que dar flexibilidad a esta institución, y no olvidar que nos encontramos en la historia de la Iglesia con autoridades para todas las opiniones.

Pediremos en primer lugar al Nuevo Testamento que nos dé los elementos de juicio. Descubriremos así los primeros testimonios reveladores de una estructura de la catequesis, confirmada por otra parte en otros documentos arcaicos no canónicos.

EL NUEVO TESTAMENTO Y LA CATEQUESIS CRISTIANA ANTIGUA

Leyendo el libro de los Hechos de los Apóstoles, parece que el bautismo comenzó a darse muy rápidamente. Ya el día de Pentecostés fueron alrededor de 3.000 las personas bautizadas. ¿Es que no existía entonces ninguna catequesis antes del bautismo? Sabemos que existía entre los judíos prosélitos. ¿Habrá que pensar que la intervención poderosa del Espíritu llevaba a los primeros cristianos a prescindir de una preparación? Inspirados por el Espíritu Santo, Felipe y Pedro bautizaron al eunuco de la reina de Etiopía y al centurión Cornelio. Igualmente Pablo fue admitido al bautismo después de una manifestación del mismo Jesús. La espera fue muy corta para todos. Pero si nos fijamos más de cerca en estos relatos de conversión hallaremos ya en ellos una presentación abreviada de todas las etapas de preparación del bautismo.

En realidad, en los tres casos que nos interesan, la primera de estas etapas fue larga. Es la de su fe judía vivida anteriormente con fidelidad. El alto funcionario de Candace volvía de "adorar en Jerusalén" y venía leyendo la Escritura; el centurión Cornelio era "piadoso y temeroso de Dios, daba limosna y oraba sin cesar a Dios", en cuanto a Pablo, su celo por la fe judía le llevaba hasta perseguir a la nueva Iglesia. No puede, por tanto, decirse que se les haya conferido el bautismo despreciando toda preparación anterior. Al contrario, su fe judía fue para ellos el mejor catecumenado. "El eunuco no estaba inactivo, nota Tertuliano. No fue un deseo repentino lo que le llevó a pedir el bautismo, sino que había acudido al Templo para orar y estaba dedicado a la lectura de la Sagrada Escritura. Así le encontró el Apóstol enviado espontáneamente por Dios".

Existencia y objeto de la catequesis

La segunda etapa, la que prepara directamente al bautismo, es breve en verdad. Pero supone una enseñanza real. No se la cita explícitamente, y en los Hechos es imposible distinguir *kerygma* y *catequesis*. Una huella podemos encontrar en la expresión solemne de San Lucas: "Abriendo la boca", que se aplica tanto a Felipe como a Pedro; y Pablo nos dirá que durante los tres días que separaron la visión de Damasco de su bautismo, recibió "la tradición de los Apóstoles". No bastó la intervención directa del Espíritu Santo. Era necesario que la fe fuese anunciada: "¿Entiendes lo que estás leyendo?, pregunta Felipe al eunuco. Pero ¿cómo puedo entenderlo, responde, si nadie me lo explica?" "Aquí estamos todos nosotros reunidos ante Dios para escuchar cuanto te ha sido mandado por el Señor", dice Cornelio a Pedro, a quien ha enviado a buscar. Entonces, los dos Apóstoles se fueron "a anunciarles a Jesucristo". Éste es precisamente el objeto de la catequesis. A estos judíos sólo les falta creer que es Jesucristo Aquel en quien se cumplen las profecías:

"Esto lo atestiguan todos los Profetas: que por su nombre recibe el perdón de los pecados todo el que cree en Él"

Esto es ya muy importante para nosotros, puesto que es lo que especifica la catequesis. El Antiguo Testamento contiene ya lo sustancial de la fe. El Nuevo Testamento enseña que todo esto se cumplió con la venida de Jesucristo. Una vez que la adhesión de la fe alcanza ya a este acontecimiento, entonces ya puede darse el bautismo.

El fiador

La tradición posterior nos enseña que, para asegurar el bautismo, es necesario que alguien salga fiador ante la Iglesia de las disposiciones de quien pide el sacramento. Es la comunidad cristiana representada en la persona del padrino. En el libro de los Hechos no falta tampoco el padrino: es el Espíritu Santo, que interviene antes, en y después de la conversión, a no ser que sea Cristo mismo, como es el caso de San Pablo. "¿Acaso puede uno negar el agua del bautismo a quienes han recibido también el Espíritu Santo como nosotros?". Así reconoce Pedro la garantía suprema del Espíritu. Ésta no es negación de las garantías que se requieren ordinariamente, sino sencillamente una superación de ellas:

"Ustedes saben que para un judío está prohibido tratar o visitar a uno de otra raza. Pero Dios me ha enseñado a no llamar sucio o impuro a ningún hombre. Por eso he venido sin dudarle cuando me habéis llamado".

A continuación se nos dice que Pedro encontrará serias dificultades para convencer a la comunidad de Jerusalén de la intervención directa y real del Espíritu Santo; esto nos prueba que ella se sentía responsable en la admisión de los nuevos cristianos.

El ayuno

El relato de la conversión de San Pablo tiene un interés particular para nosotros, al testimoniar la preparación al bautismo mediante el ayuno: "Permaneció tres días ciego, sin comer ni beber." Encontramos ya aquí lo que ha de ser uno de los componentes esenciales del catecumenado, hasta el punto de que llega a influir en la estructura del año litúrgico, ya que el ayuno de la cuaresma no es sino el ayuno preparatorio a la recepción del bautismo. El sentido de este ayuno no es ante todo ascético. En el judaísmo de entonces parece equivalente al exorcismo, y reviste, por tanto, un valor ritual. Es la expresión del combate espiritual: la preparación al bautismo es un tiempo de prueba en el que el demonio trata de mantener bajo su dominio a quien está a punto de escapársele. Esto arroja bastante luz sobre el verdadero carácter de la conversión anterior, mirada no sólo en su aspecto moral, sino en su referencia a la historia de la salvación como acción de Cristo.

Los datos de los escritos no canónicos del periodo cristiano primitivo confirman la existencia de un tiempo de preparación al bautismo consagrado a la enseñanza, al ayuno y a la oración.

"En cuanto al bautismo, déntelo de este modo: Después de haber enseñado cuanto precede, bauticen... Que el bautizado, el que bautiza y las demás personas, si pueden, ayunen antes del bautismo. Al menos al bautizado se le ordena que ayune un día o dos antes..."

"Que el que quiera ser bautizado imite a Zaqueo... que dé su nombre, escuche la enseñanza y después de haber ayunado, se le bautice".

Otro pasaje de este mismo documento apócrifo nos habla de una mujer "que pide ser bautizada inmediatamente... Pedro le pide al menos el ayuno durante un día"; es un nuevo ejemplo de preparación abreviada al bautismo, porque hay una señal manifiesta de fe; pero siempre se exige un mínimo de tiempo.

Pasos de la catequesis

Cuando este tiempo era más largo, ¿podemos pensar que, desde sus orígenes, la catequesis estaba estructurada en etapas sucesivas? Un pasaje de la Carta a los Hebreos plantea la cuestión:

“Pues aunque, por el tiempo, debían ser maestros, otra vez tienen necesidad de que se les enseñen los primeros rudimentos de la doctrina de Dios, y han llegado a tener necesidad de leche, no de alimentos sólidos. Y todo el que se alimenta de leche no ha probado la palabra de justicia, pues es un niño; en cambio, el alimento sólido es para los hombres maduros, que, por costumbre, tienen ejercitado el sentido de discernir el bien y el mal. Por eso, dejando la palabra de lo elemental de Cristo, elevémonos a lo más perfecto, sin volver otra vez al fundamento de la conversión...”. (Heb 5,12; 6,1)

Es el primer texto en que encontramos una distinción entre una enseñanza religiosa elemental y una enseñanza más desarrollada. El contenido de lo que será esta enseñanza elemental se define inmediatamente después. Consiste en la renuncia al pecado, la fe en Dios, los bautismos, la resurrección de los muertos y el último juicio. Todo esto es el resumen de la fe judía. Según *Kosmala*, el autor de la carta dirigida a los judíos, entendería que el judaísmo constituye la enseñanza elemental. La enseñanza superior sería entonces la proclamación de Jesucristo. Por tanto, no se trataría de diversos niveles dentro de una misma formación, sino más bien de etapas sucesivas: los paganos que no creen en un Dios trascendente; los judíos que creen en lo que se llama enseñanza elemental; y los cristianos que creen en Jesucristo... La oposición que hace aquí San Pablo sería, pues, una oposición entre fe elemental en Dios y su perfeccionamiento que es la fe en Jesucristo.

Es difícil dirimir el debate, y los exegetas no están de acuerdo en la interpretación de este texto. Aunque hay que advertir que la oposición entre niños que toman leche y adultos que comen carne aparece varias veces en San Pablo con un sentido técnico. Parece ser que desde los orígenes se distinguían dos clases de fieles: los niños pequeños (*nepioi*: los que no hablan) que reciben las verdades elementales y esenciales; y los adultos por otra parte. Es la misma palabra que emplea Pedro al dirigirse a los neófitos: "Como niños recién nacidos desead la leche espiritual sin mezcla, para que crezcáis con ella hacia la salvación"

El "niño pequeño" sería entonces el que se encuentra todavía en fase catequética, antes o después del bautismo, porque en el caso que acabamos de citar, la enseñanza dada es una enseñanza postbautismal que nos da el primer rastro de una catequesis sacramentaria dada después del bautismo, como será más tarde costumbre general.

ETAPAS DEL CATECUMENADO

Es significativo que el primer texto elaborado sobre el catecumenado provenga de principios del siglo II. En el desarrollo de la vida cristiana ésta es una etapa importante. La Iglesia constituye ya un gran pueblo distinto, con vida organizada en todos los campos. En ella el catecumenado ocupa un puesto de primer rango. Su existencia es ya atestada por Tertuliano y por Orígenes, que fue un gran catequista. La *Traditio Apostólica* de Hipólito de Roma nos da una descripción detallada. Puede decirse que desde comienzos del siglo III la estructura de la preparación al bautismo ya está determinada en sus líneas esenciales. El siglo IV, fecundo en obras catequéticas de gran envergadura, no bará más que llevarlas a su plena expansión. La abundancia de fuentes que poseemos nos permite conocerlas de modo muy preciso y completo: en Oriente contamos con Cirilo de Jerusalén, Teodoro de Mopsuestia, Juan Crisóstomo y el Itinerario de Egeria; en Occidente, con Ambrosio y Agustín. Todos ellos dan testimonio de que en Jerusalén, Milán, Antioquía y Cartago la organización del catecumenado es la misma en su estructura general. Apenas se encuentran más que variantes de poca importancia; y las formas que entonces se fijan siguen siendo válidas en nuestro catecumenado actual.

Desde el siglo III los catecúmenos constituyen en la Iglesia un orden en sentido estricto, sometido a un período de prueba en el que se estudia la aptitud de cada uno para llevar una vida cristiana y se examina su fe. Se distinguen dos estadios, cada uno inaugurado por un examen: el de la preparación remota al bautismo: *catechoumenoi* en

Oriente o **audientes** en Occidente; y el de la preparación inmediata: **phótizomenoi** en Oriente o **electi** en Occidente.

Después del bautismo, los nuevos cristianos tendrán todavía que perfeccionar su iniciación a lo largo de un tercer estadio más breve, porque se limita a la semana de Pascua, pero muy importante. Durante estos días las catequesis mistagógicas revelarán a los neófitos todo el sentido del sacramento que acaban de recibir.

Estamos, pues, en presencia de tres grandes etapas, a través de las cuales el catecumenado llega a desarrollar la vida cristiana. Sin embargo, otra etapa les precede generalmente. Aquella en la que los paganos se informan sobre la fe cristiana, cuya proclamación han escuchado y han visto vivir a otros. Es sabido que muchos eran estos paganos que acudían para escuchar a Orígenes. El Occidente latino les llama **accidentes** y San Agustín **rudas**.

El primer examen

En cuanto estaban decididos a prepararse al bautismo, tenían que presentarse a los "doctores", es decir, a los catequistas encargados de someterlos a un examen en nombre de la Iglesia. Encontramos en la **Traditio Apostólica** una especie de inventario de puntos sobre los que versaba este examen y una descripción detallada de su desarrollo. Cuando se presenta a los "doctores", el "recién llegado" no viene solo. Le acompañan "los que le traen", es decir, los que más tarde llamaremos padrinos, que tendrán que testimoniar sobre él a lo largo del interrogatorio.

Para asegurar mejor las disposiciones del candidato, dice San Agustín, un medio muy útil... es informarse por los que rodean al catecúmeno sobre sus disposiciones interiores y los motivos que le arrastran hacia la religión. (De Catechizandis Rudibus, 9)

La función de padrinzago se nos refiere aquí, por consiguiente, como una institución ya hecha. Señala con fuerza la dimensión eclesial y comunitaria del paso que ha dado el futuro catecúmeno; por medio de los padrinos, la comunidad cristiana se presenta a sí misma los candidatos; por medio de los doctores, verifica si la admisión de los que se presentan va a ser en interés del entero cuerpo de la Iglesia.

"Que los recién llegados, que se presentan para escuchar la palabra, antes de nada sean presentados a los doctores, antes que el pueblo llegue. Que se les pida la razón por la cual ellos buscan la fe. Y los que les traen, que testimonien sobre ellos, a fin de que se sepa si son capaces de escuchar. Que se examine también su manera de vivir". (Traditio Apostolica, 16)

El examen, por tanto, se dirige ante todo a los motivos que abriga el candidato. La historia pasada de la Iglesia reconoce que han intervenido en muchos demasiados abusos, demasiados móviles, no sólo impuros, sino equivocados. Conviene verificar si de veras "buscan la fe", si están capacitados para "escuchar la palabra". Aquí es donde los padrinos deberán atestiguar sobre su candidato, para que se sepa "que son capaces de escuchar".

"En el caso en que se mire al cristianismo como medio único de agradar a aquellos de los que se espera algún favor o para evitar algún fastidio, o porque de lo contrario podría seguirse algún mal o enemistad, no se quiere en verdad ser cristiano se trata de disimular. La fe no es un conformismo exterior, sino una adhesión interior". (De Catechizandis Rudibus, 9)

Pero añade precisando San Agustín, el pedagogo:

"Muchas veces la misericordia divina hará del catequista un instrumento suyo, después de un diálogo que le haya interiormente removido, nuestro hombre decidirá el venir a ser lo que antes había querido

disimular Entonces, cuando comience a quererlo, habrá dado un primer paso verdadero". (Procatequesis, 5)

Una vez que se ha verificado la intención del recién llegado, se entra en sus condiciones actuales de vida. El examen de la Iglesia —frecuentemente severo— aparece entonces inspirado por el deseo de asegurar que estas condiciones harán efectivamente practicable la vida cristiana, sin compromiso con las costumbres paganas o inmorales del ambiente.

El candidato ¿es esclavo o libre?, ¿esclavo de un creyente o de un pagano? Si es esclavo, se procurará que el trato con su maestro garantice el ejercicio de su vida cristiana. ¿Está casado o no? Que viva en todo caso según los principios del matrimonio o del celibato cristiano. Hay casos, sin embargo, en que se nota una concesión a la poligamia: "Que la concubina de un hombre, del que es esclava, si ha educado a los hijos y le ha sido fiel, sea admitida; si no, que se la despida" Pero también: "Que un hombre que tiene concubina deje esta situación y se case legalmente. Si rechaza, despídasele." La Traditio Apostólica propone en seguida una lista detallada (aunque no exhaustiva) de los oficios compatibles o no con la fe cristiana. Han de eliminarse las profesiones inmorales:

"Que se practique una investigación sobre oficios y profesiones de aquellos que se acercan para instruirse. Si alguien es dueño de una casa que mantiene prostitutas, que cese o se le despida".

Van eliminadas también las profesiones que suponen una concesión al paganismo mitológico:

"Si alguno es escultor o pintor, que se le exhorte a no hacer ídolos. Si no quiere cesar, se le despida. Si alguno es actor, que cese o se le despida".

Conocemos por el *De Spectaculis* de Tertuliano la razón de esta intransigencia hacia los actores. Las representaciones teatrales eran parte de la vida oficial de la ciudad y constituían actos de culto pagano.

Si alguien enseña a los niños ciencias profanas, es preferible que cese; pero si no tiene otro oficio, admítasele.

Enseñar a Homero o Virgilio suponía todavía prácticamente enseñar la mitología pagana.

"Si alguno es sacerdote de ídolos o guardián de ídolos, que cese o se le despida. Al soldado que esté a las órdenes de un gobernador, se le diga que no haga muertes (etc.).

Si hubiéremos omitido alguna cosa, tomad vosotros la decisión más conveniente, puesto que todos tenemos el Espíritu de Dios". (Traditio, 16)

Sin duda nos ha extrañado la intransigencia que manifiesta este texto con algunos oficios. Hay que situarle en aquella época en que el cristianismo trataba de distinguirse al máximo, por sus costumbres, del paganismo que le rodeaba. Sin embargo, nadie sabe si las exigencias de Hipólito fueron alguna vez respetadas al pie de la letra. Tal vez merece aquí un poco el calificativo de "integrista" que se le atribuye. Ocupa, sin duda, la posición extrema de una tendencia rigorista; recuérdese que reprochó al Papa Calixto su laxismo al permitir la relajación de la disciplina de la Iglesia. Ésta se había desarrollado considerablemente en cuanto al número de miembros. Los cristianos pertenecen cada vez más a todas las categorías de la sociedad. Nacen de aquí circunstancias nuevas que exigen adaptaciones de aquella disciplina de los comienzos de la Iglesia. El movimiento emprendido por Calixto se irá desarrollando. Ya en el siglo IV, al hacerse el Imperio oficialmente cristiano, los fieles son libres de ocupar todos los cargos de la sociedad. No obstante, prescindiendo del idealismo de Hipólito en algunos puntos, hay que resaltar la preocupación permanente, que informa este examen de entrada al catecumenado, de asegurar que el catecúmeno va a poder vivir de la fe en la que va a ser instruido. Esto es lo que mejor nos enseña que la catequesis es una iniciación integral y no solamente un contenido de verdades intelectuales.

Si la sinceridad de sus disposiciones es puesta en evidencia, el candidato entra ya en el catecumenado propiamente dicho. En África esta introducción llevaba consigo la signación en la frente, la imposición de manos y la sal. Estos nuevos catecúmenos se llaman *catechumenoí* en Oriente y *audientes* o *auditores* en Occidente. Entonces comienza para ellos el tiempo de preparación remota al bautismo. ¿Pero cuánto tiempo va a durar?

Duración del catecumenado

"Que el catecúmeno se instruya durante tres años", dice Hipólito. Este tiempo puede parecer excesivamente largo, sobre todo si recordamos la rapidez con que se daba el bautismo en la época apostólica. Pero estamos en el siglo III. Las persecuciones aún recientes han hecho constar muchísimas defecciones entre los fieles, y ahora se impone la urgencia de probar más seriamente la fe de los candidatos al bautismo.

Hay que notar además que la entrada en el tiempo de catecumenado señalaba ya muy fuertemente una pertenencia a la Iglesia, como da a entender la participación de los catecúmenos en la liturgia de la Palabra. Ciertamente hay aquí una realidad de la que es preciso caer hoy en la cuenta: ya desde antes de la recepción del sacramento, el catecúmeno es considerado como miembro de la comunidad eclesial. El tiempo del catecumenado se encargará de realizar su integración progresiva en la Iglesia. Queda, sin embargo, dentro de lo admitido, aun para Hipólito cuyas tendencias extremistas conocemos, que puede haber una restricción de este tiempo, a condición que la vida del catecúmeno ofrezca garantía:

"Con todo, si alguien pone mucho interés y persevera en esta empresa, que no se le juzgue según el tiempo, sino según su conducta". (Traditio 17)

En el siglo IV la situación cambia por lo general. Muchas familias cristianas se contentan con introducir a sus hijos en el catecumenado al poco tiempo de nacer y retrasan el bautismo hasta la edad adulta. Muchos adultos, temiendo los compromisos bautismales, tendían a prolongar indefinidamente el catecumenado. Ponían como pretexto el miedo a volver a caer en el pecado después del bautismo. Así resultaba que en caso de peligro de muerte, las gentes se precipitaban a bautizarse sin que les diera tiempo a la menor preparación. Vemos entonces reaccionar vigorosamente a los obispos contra esta tendencia. Gregorio de Nisa amonesta a los procrastinantes, "a los que se retrasan", y los invita a pedir el bautismo mostrándoles sus ventajas y subrayando el peligro de permanecer perpetuamente catecúmenos y los inconvenientes del bautismo en el lecho de muerte. La misma preocupación constante de luchar contra esta clase de bautismos encontramos en San Juan Crisóstomo:

Pero ¿cómo no va a ser un último grado de locura dejar siempre para más tarde el bautismo? ¡Oigan, catecúmenos y cuantos dejan su salvación para el último suspiro!" (Homilía 18).

Esta lentitud en pedir el bautismo, que se hace corriente en el siglo IV, da lugar a la llamada solemne que se hacía en Epifanía, en la que todos los años el obispo fuerza a los catecúmenos a "dar su nombre", es decir, a inscribirse para la preparación inmediata al bautismo.

Las instrucciones

Pero antes de llegar a la inscripción del nombre, que señala la entrada en la fase de preparación inmediata al bautismo, ¿cómo se organiza el período de preparación lejana? La *Traditio Apostólica* menciona unas instrucciones. Al menos en algunos lugares, se daba una enseñanza especial a los catecúmenos. Estaba encargado de ella un "doctor", es decir, un catequista. Éste era muchas veces un laico, como es el caso de Orígenes. Para esta instrucción, el catequista reúne aparte a los catecúmenos, lo más seguro antes de la asamblea general de la comunidad, de la que ellos ya son miembros. Y después de la instrucción participan en la liturgia de la Palabra, siempre separados de los fieles. No participan en la Eucaristía propiamente dicha, porque ellos todavía no se benefician más que de una semiintegración en la vida eclesial.

“Cuando el doctor ha terminado su instrucción, que los catecúmenos recen aparte de los fieles... Y una vez que han terminado de rezar, que no se den el beso de la paz, porque su beso no es aún puro. Que los fieles se den el beso de la paz. Después de la oración —continúa la Traditio Apostólica— que el doctor ore imponiéndoles las manos. Ya sea el doctor eclesiástico o laico, que lo haga así”. (Traditio 19)

Este es el aspecto ritual que se presenta ya en el estadio de preparación remota.

Todos los elementos de la catequesis, sobre los que más adelante trataremos ampliamente, se bailan ya en este estadio del catecumenado, orgánicamente asociados al desarrollo de cada reunión de catecúmenos. Una enseñanza, una oración y elementos rituales, vividos en la comunidad: todo esto constituye ya fundamentalmente la iniciación cristiana integral.

Esta etapa de preparación remota está, sin embargo, mucho menos estructurada e institucionalizada que la de la preparación inmediata, y en ella aún no se ha llegado a ninguna decisión precisa con relación al bautismo. La llamada solemne de Epifanía publicada anualmente por el obispo tiene como finalidad el ayudar a los vacilantes a tomar esta decisión, para que la cuaresma próxima se encuentren dispuestos a entrar en la etapa decisiva.

Desde el siglo III, en efecto, la preparación inmediata al bautismo parece que coincide con la cuaresma. En todo caso, esto es absolutamente cierto en el siglo IV, en el que la cuaresma va toda ella ordenada a la última fase del catecumenado. El Itinerario de Egeria ofrece de ésta un testimonio muy evocador. La abundancia de documentos de esta época nos informa muy detalladamente sobre el desarrollo de estas últimas semanas, pero ya la Traditio Apostólica nos daba los datos esenciales.

Segundo examen e inscripción del nombre

La víspera del primer domingo de cuaresma, los catecúmenos que deseaban ser bautizados daban su nombre al presbítero encargado de esta misión. Al día siguiente tenía lugar una ceremonia muy solemne que comprendía un examen y la inscripción del nombre.

“El que da su nombre, lo hace en la víspera de la cuaresma, y un presbítero anota sus nombres... Al día siguiente, comienzo de la cuaresma, se le pone al obispo la sede en medio de la Iglesia mayor..., después se van acercando uno a uno los candidatos”.

Efectivamente, antes de ser admitidos al bautismo, los catecúmenos van a ser sometidos a un segundo examen bastante diferente del primero, dado el espíritu que le anima. Se pregunta ahora por la conducta de los catecúmenos durante su catecumenado ¿han demostrado con su vida que son dignos de ser bautizados?

“Una vez escogidos aparte los que van a recibir el bautismo, se les examina su vida: ¿han vivido piadosamente mientras eran catecúmenos, han respetado a las viudas, visitado a los enfermos y practicado buenas obras? Si los que les han traído atestiguan que ellos han observado esta conducta que escuchen el Evangelio”. (Traditio, 20)

En el siglo IV, como hemos visto, la admisión de catecúmenos al bautismo era tan importante, que el mismo obispo era quien examinaba a los candidatos. Él es quien debe discernir las aptitudes para entrar en la Iglesia. Los candidatos le son presentados por los padrinos y madrinas, y él les pregunta que den testimonio sobre la vida de sus catecúmenos durante la preparación remota:

Si son hombres, vienen con su padrino, si son mujeres, con su madrina. Entonces, para cada uno el obispo pregunta a los vecinos de aquel que ha entrado, diciendo: “¿Lleva una vida honesta? ¿Respeto a sus

padres? ¿No es dado a la bebida y a la mentira?... Los que son defuera, a no ser que tengan testigos que les conocen, logran llegar con menos facilidad al bautismo. (Itinerario, 45)

También aquí aparece clara la importancia de la misión del padrino, hasta tal punto que los que no lo tienen, difícilmente son admitidos al bautismo. San Juan Crisóstomo lo señala igualmente. Teodoro de Mopsuestia da a entender que el padrino interviene en toda la iniciación cristiana. Es la comunidad la que puede juzgar sobre la conversión real y total del catecúmeno, esto es, si por sus "buenas obras" ha roto efectivamente con su conducta pagana habitual. Lo cual significa que la preparación al bautismo fue y seguirá siendo tanto obra del laico como del sacerdote, y que una iniciación sin que la comunidad participe apenas tiene gran valor.

Durante el examen, Teodoro de Mopsuestia nos muestra al candidato "con las manos extendidas en actitud orante y con la vista baja..., los pies descalzos sobre una alfombra". Con esto se manifiesta el combate espiritual entre Cristo y Satanás, que "en ese momento trata de abogar contra nosotros, so pretexto de que no tenemos derecho a salir de su dominio".

Si el examen es favorable, el obispo en persona inscribe de su puño y letra en el "libro de la Iglesia" el nombre del futuro bautizado, que así viene a ser **electas**, elegido, o **phótizomenos**, el que va a ser iluminado. No es una pura formalidad administrativa. En ese caso, habría bastado lo que el "sacerdote de servicio" hizo la víspera. Ser inscrito en el registro, es quedar inscrito entre los ciudadanos de la Jerusalén celeste:

"Dénme sus nombres, para que yo los inscriba con tinta. El Señor los grabará en tablas imperecederas, inscribiéndolos con su propia mano". (Adversas procastinantes)

"Desde ahora ya estás inscrito en el cielo". (Homilias catequéticas, 12)

La ceremonia solemne de la inscripción del nombre termina con la "**procatequesis**", homilía que pronuncia el obispo para dar sentido a la preparación cuaresmal; así, la primera catequesis bautismal de San Juan Crisóstomo o la procatequesis de Cirilo de Jerusalén. El tema de ella es paradisíaco y nupcial, e inspira a nuestros autores acentos de hondo lirismo y mística:

"Ya les llega un perfume de felicidad, iluminados. Ya están recogiendo las flores místicas para tejer con ellas coronas celestes. Ya el Espíritu Santo ha inspirado el dulce olor". (Procatequesis 1)

"Tiempo de gozo y alegría espiritual es éste en que nos encontramos. Han llegado los días de las bodas espirituales, objeto de nuestro anhelo y de nuestro amor". (Ocho catequesis, 1)

Después los nuevos "iluminados" son invitados a velar, a orar, a hacer penitencia y a asistir asiduamente a las catequesis, camino que lleva hasta el cielo, porque "a lo largo del camino el dragón acecha a los que pasan". Este camino va a ir jalonado durante la cuaresma por reuniones casi diarias. Un estudio atento de los diversos aspectos de éstas nos va a llevar más adelante al conocimiento de la estructura de la catequesis, descubriéndonos, además de su desarrollo en el tiempo, los elementos que la constituyen.

ELEMENTOS DE LA CATEQUESIS

Ya desde el siglo III, y *a fortiori* en el siglo IV, los catecúmenos se reúnen no sólo el domingo, sino también todos los días de la semana menos el sábado. Cada reunión, que dura muchas veces no menos de tres horas, entre prima y tercia, comprende una enseñanza doctrinal, una iniciación moral y espiritual, y actos rituales. Toda la preparación cuaresmal está concebida como un tiempo de retiro dedicado a la oración y a la penitencia, y al acontecimiento de los misterios de la fe. Todo esto no es nuevo para el catecúmeno, al menos si su preparación viene durando ya varios meses o años. Pero parece que en muchos casos el tiempo de preparación remota al bautismo ha quedado muy poco institucionalizado, demasiado poco para poder realmente preparar a los

catecúmenos. En cuanto a los que retrasan indefinidamente su bautismo, es bien probable que descuidaran también su preparación.

Por eso, las seis u ocho semanas de cuaresma se presentan sumamente densas y completas. Las catequesis de San Cirilo de Jerusalén, por ejemplo, forman un conjunto doctrinal en el que se ve la preocupación por transmitir de un modo elemental, aunque completo, todo el misterio de la fe, entroncado en la historia de la salvación. El paso dado de conversión va ahondando con la oración y el ayuno. El aspecto de lucha espiritual se intensifica mediante las diversas imposiciones de manos y exorcismos que señalan la retirada progresiva del demonio hasta llegar al triunfo de Cristo por la adhesión solemne del que va a ser bautizado.

Aspecto ritual: exorcismos

Los exorcismos ocupaban un lugar de preferencia en la liturgia bautismal antigua. La *Traditio Apostólica* de Hipólito dice que son diarios: "A partir del día que son elegidos, que se les imponga cada día las manos exorcizándolos". En el siglo IV, el exorcismo constituye lo esencial de la reunión del domingo reservada a los catecúmenos: El escrutinio. Los ritos del exorcismo corresponden a éstos de nuestro bautismo actual: palabras imprecatorias, *exsufflatio* en el rostro, *signatio* en la frente, en los oídos y en la nariz. Encontramos en San Cirilo de Jerusalén algunos detalles sobre las circunstancias de estos exorcismos, sobre el modo en que son practicados y sobre su sentido:

Los hábiles orfebres se sirven de delicados instrumentos para soplar sobre las brasas, y así levantar las pepitas de oro ocultas en el crisol. Avivando la llama es como descubren lo que buscan. Así cuando los exorcistas mediante el "soplo" divino lanzan fuera el temor y, como en un crisol—que aquí sería el cuerpo— reavivan el alma, entonces el demonio huye; queda la salvación, queda también la esperanza de vida eterna, y finalmente el alma purificada de sus faltas adquiere la salvación. (Procatequesis, 9)

Es cierto que los ritos de exorcismo tienen su origen en el cristianismo antiguo. Son expresión de una teología del mal, del pecado original que tiene alma cautiva y del misterio de la Redención. Hay dos significados principales que es preciso sacar de los numerosos comentarios que tenemos.

La función del exorcismo es principalmente el arrancar poco a poco al catecúmeno de las fuerzas del mal y adherirlo a Cristo. El tiempo de preparación al bautismo es un tiempo de lucha, de tentación; así, el relato de la tentación de Jesús abre la liturgia de cuaresma. Por lo demás es Cristo mismo quien combate para separar al catecúmeno del Príncipe de las Tinieblas. San Cipriano compara al catecúmeno con un judío que, perseguido por los soldados del Faraón, huye de Egipto hacia el Mar Rojo, no estará salvado definitivamente hasta que no haya pasado a la otra orilla. Los Padres ven una analogía fundamental entre la liberación de Egipto, la resurrección y el bautismo. Estudiaremos más ampliamente esta tipología cuando hablemos de la catequesis sacramentada. Se funda en la certeza de que Dios continúa comunicando al hombre en situación espiritual desesperada una salvación que jamás podría darle ninguna liberación sociológica o económica.

Existe, además, en la base del rito del exorcismo toda una teología dramática de la condición humana. Antes que Cristo libere al hombre del pecado y de la muerte, éste vive sometido al mal. Este mal no está en Dios, pero tampoco depende sólo de la voluntad del hombre. Está por debajo de Dios y por encima del hombre. Por eso, el hombre, con sus fuerzas únicamente y sin el auxilio de Dios, no puede despegarse de este poder del mal que le cautiva. Tenemos que devolver a los ritos del exorcismo todo su significado. Este significado es la liberación del mal. No hay, por tanto, que obrar pasando por alto el papel que desempeña el Príncipe de las Tinieblas. Porque si en definitiva el hombre puede salvarse solo, si el misterio del mal no radica más allá del hombre, se echa por tierra todo el sentido de la Redención. Cristo no sería más que un sabio venido a enseñarnos cómo eliminar las injusticias sociales o los sufrimientos ocasionados por la mala voluntad del hombre. En realidad, solo existe la mala voluntad del hombre, las fuerzas malignas que impiden al hombre unirse a Cristo, de las que es necesario librarle.

Enseñanza doctrinal

La preparación al bautismo comprendía también su parte de enseñanza. Esta a su vez comprende dos elementos: una explicación de la Escritura y un comentario del símbolo. Pero el ordenamiento de ambos elementos ha tenido soluciones muy diversas durante los siglos IV y V. En Occidente, según lo que sabemos por Agustín y Ambrosio, durante casi toda la cuaresma se da una enseñanza bíblica. Su eco lo tenemos en los tratados bíblicos de San Ambrosio, que vienen a ser sus homilías escritas. También aquí las diferencias pueden ser grandes: exposición de un libro solamente, presentación del conjunto de la Escritura, sermón sobre pasajes variados. Solamente se tenían algunas homilías sobre el símbolo en general con ocasión de la *traditio* y *redditio* del mismo. En Oriente, al lado de las homilías exegéticas, había una serie de conferencias sobre el símbolo. Ambas podían mezclarse y oírse durante la cuaresma sobre todo, como sucedía tal vez con las catequesis de Cirilo de Jerusalén.

Nos atenderemos a la descripción más detallada que conocemos, la de la catequesis de Jerusalén en el final del siglo IV, tal como nos la ha transmitido Egeria.

La catequesis propiamente dicha se daba diariamente a los catecúmenos durante la cuaresma, excepto los sábados y domingos: "Se les instruye en todo durante esos días; es lo que se llama la catequesis". Su finalidad es dar los fundamentos sólidos indispensables para la vida de fe. San Cirilo de Jerusalén lo subraya indicándonos cómo la catequesis se distingue de la predicación ordinaria:

"No se piense que se trata de nuestras reuniones ordinarias. No. Estas últimas también son buenas y merecen nuestro asentimiento. Pero si hoy has estado distraído, mañana lo aprendes. Por el contrario, las enseñanzas que se nos dispensan progresivamente sobre el bautismo de la Nueva Alianza, si fueran hoy descuidadas, ¿cuándo podrían aprenderse?... Mira que la catequesis es como un edificio: si no ahondamos para los cimientos, será absolutamente inútil nuestro trabajo". (Procatequesis, 11)

El tiempo de la catequesis es el de fundamentar la fe, tanto como el de purificar el alma. Por eso, el primer tiempo de la catequesis es bíblico. Durante las primeras semanas el obispo comenta la Escritura y expone toda la historia de la salvación "desde el *in principio fecit Deus coelum et terram* hasta los tiempos actuales de la Iglesia", "recorriendo toda la Escritura, dando de ella en primer lugar su sentido literal y luego el sentido espiritual". El comentario tendía a hacer comprender la correspondencia entre los acontecimientos y las leyes permanentes de la gracia, así como a manifestar que las maneras de Dios son siempre las mismas en las diversas etapas de la historia de la salvación. Era favorecer su actualización en la vida de los catecúmenos.

El sexto domingo de cuaresma comenzaba en Oriente la catequesis dogmática, esencialmente constituida por la explicación de los artículos del símbolo. Y así comenzaba con la importante ceremonia de la *traditio Symboli*.

Entrega del Símbolo

Al final de las cinco semanas de instrucción, entonces reciben (los catecúmenos) el Símbolo. Al entregárselo, el obispo les recomienda que lo aprendan de memoria:

"Para evitar que el alma muera por ignorarla, encerramos en estos pocos artículos toda la enseñanza de la fe. Esto es lo que quiero que retengáis textualmente en la memoria". (Itinerario, 46)

Después, el obispo hace un primer comentario del Símbolo en general. La entrega del Símbolo es un acto fundamental que contiene todo el significado de la catequesis. Al entregar el Símbolo, la Iglesia transmite a los nuevos cristianos la fe; por eso lo convierte en un acto litúrgico. La "Tradición" de la Iglesia está aquí presente y operante, en toda la plenitud de su sentido teológico. La catequesis se manifiesta entonces en toda su dimensión;

que es la realización actual y viva de la tradición oral de la Iglesia. La misión del Símbolo es expresar resumidamente el contenido de la tradición; su origen es esencialmente catequético. Su formulación difiere según las Iglesias, pero constituye siempre un conjunto elemental y completo de las verdades necesarias para la salvación.

Durante los quince días que siguen a la entrega del Símbolo, tiene lugar la explicación, *explatatio symboli*; el obispo lo va comentando artículo por artículo. Esta enseñanza es intensiva y dura a veces tres horas cada día.

“Se les explica la doctrina del Símbolo, así como la de todas las Escrituras, frase por frase, primero en sentido literal, luego en sentido espiritual... Todos son instruidos desde la hora de prima a la hora de tercia, ya que la catequesis dura estas tres horas”. (Itinerario, 46)

La atmósfera viva y espontánea en que se desarrollaba la catequesis no carece de lección para nosotros:

“Mientras el obispo trata todas estas cuestiones, la gente se manifiesta con tales gritos de aprobación que se les oye gritar incluso fuera de la iglesia. Porque él va descubriendo tan bien todos los misterios, que nadie permanece insensible a lo que oye explicar”. (Itinerario, 47)

Una vez explicado el Símbolo durante cuarenta días, deberá ser "repetido" por el catecúmeno a quien se le entregó: es la *redditio symboli*. Este rito tiene lugar el Domingo de Ramos, antes que comience la "semana mayor". Ese día el catecúmeno, siempre acompañado de su padrino o madrina, recita solemnemente ante el obispo el símbolo que debe ya conocer de memoria. Al final de la ceremonia, el obispo anuncia el complemento de la catequesis que se dará después de Pascua. La catequesis dogmática pre-bautismal termina así con la "redditio" del Símbolo; pero aún queda el "descubrir los misterios" de los sacramentos con las catequesis mistagógicas post-bautismales:

*“Después del santo y saludable día de Pascua, a partir del segundo día después del sábado y cada uno de los días de la Semana Santa, inmediatamente después de la **Sinaxis**, entrarán en el santo lugar de la **Anástasis** para escuchar, si Dios quiere, otras catequesis. Se les dará en ellas la clave de cada uno de los ritos realizados y se les darán explicaciones sacadas del Antiguo Testamento y del Nuevo, primeramente sobre lo que sucedió a continuación del bautismo, luego sobre la manera en que el Señor los ha purificado..., se les hablará de los misterios que se desarrollan en el altar del Nuevo Testamento”. (Catequesis 18; Itinerario, 46)*

Iniciación a la oración

La catequesis que se da durante la "semana mayor" de preparación última antes de Pascua es esencialmente una iniciación a la plegaria. En este terreno los usos varían mucho según las Iglesias. La entrega del Pater se hace generalmente al principio de la Semana Santa. Pero en algunas Iglesias se traslada a después del bautismo, porque se considera que el *Pater* es la oración específica de los cristianos y no pueden decirla más que los "hijos". Tenemos un comentario del *Pater* en las Homilias Catequéticas de Teodoro de Mopsuestia. Algunas Iglesias tienen también una "*tradditio*" del salmo 22, que desempeñaba un papel importante en la liturgia bautismal. En la noche de Pascua, al salir del bautisterio, los neófitos iban procesionalmente a la iglesia con un cirio en la mano para su primera comunión, en el trayecto cantaban el salmo. Este salmo expresa claramente la idea de liberación, y los Padres siempre vieron en él alusión a los sacramentos (aguas tranquilas, mesa, unciones), lo que justifica su uso en la liturgia pascual.

Preparación espiritual

La preparación cuaresmal, como hemos visto, se desarrolla en una atmósfera de retiro, de oración, penitencia y conversión. Es el primer aspecto hacia el que el obispo atrajo la atención de los catecúmenos en la catequesis de apertura. Hay que aprovechar el tiempo de cuaresma para examinar las disposiciones que se traen y transformarlas, si es preciso.

“Te hago esta exhortación antes que venga el Esposo de las almas, Jesús, y vea tus vestidos. Dispones de un largo espacio de tiempo; tienes una penitencia de cuarenta días, tienes una buena ocasión de desvestirte, de lavarte, de volverte a vestir y entrar”.

Si el motivo que ha llevado a pedir el bautismo es bastardo, es el momento de convertirse a una vida mejor, puede ser la ocasión de encontrar la fe auténtica. Pero es menester que la conversión sea sincera. Así la seriedad de las exigencias cristianas debe presentarse en todo su rigor, y quien no se acerque con disposiciones interiores sinceras debe retirarse. Llega el momento en que el obispo centra todas sus catequesis en la conversión moral. Es el caso de San Ambrosio en sus homilías cuaresmales. San Cirilo de Jerusalén busca más bien la conducta práctica que emana de las verdades dogmáticas a medida que se van exponiendo. Para todos la cuaresma es tiempo de penitencia, porque es tiempo de lucha contra el demonio y el pecado, es el tema de toda la primera catequesis bautismal de San Cirilo.

¿Y cómo no resaltar que ésta comienza con una invitación a la alegría de quienes son "discípulos de la Nueva Alianza, participantes en los misterios de Cristo ya por la llamada y en seguida también por la gracia" y van a ser admitidos a cantar a Cristo un cántico nupcial? Para entrar en la plenitud de esta alegría hay que romper con la esclavitud del pecado.

“Si alguien es esclavo del pecado, que la fe le disponga inmediatamente a la regeneración liberadora de la adopción filial, que rompa con la funesta esclavitud del pecado y adquiera la bienaventurada esclavitud del Señor”. (Catequesis, 1)

Renuncia a Satanás y adhesión a Cristo

Nada resalta mejor el carácter de muerte al pecado y de vida para Dios que señala toda la preparación al bautismo, como este rito final de la renuncia a Satanás (*apotaxis*) y de la adhesión a Cristo (*syntaxis*). Es el último antes del bautismo. En Antioquía tiene lugar el Jueves Santo; en otras partes, durante la noche del Sábado Santo al Domingo de Pascua. Su existencia nos es atestiguada por todos los autores y en todas las Iglesias: en Jerusalén y en Milán, en Antioquía y en Roma. Aunque forme parte de los ritos preparatorios al bautismo, se inserta ya en la liturgia propiamente bautismal de la noche de Pascua. Por esta razón lo comenta Cirilo de Jerusalén en la primera catequesis mistagógica después del bautismo. He aquí cómo Teodoro de Mopsuestia describe la renuncia a Satanás:

“Estén de pie sobre sus cilios, descalzos, después de haber levantado su vestido externo, teniendo las manos extendidas hacia Dios, como en actitud de oración. Luego arrodíllense, pero conserven derecho el cuerpo, y digan: Yo renuncio a Satanás, a todos sus ángeles, a todas sus obras, a todo su culto, a toda su vanidad y a todo desviamiento mundano, y me comprometo con voto a ser bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. (Homilías Catequéticas, 13)

Así, vuelto hacia Occidente, el "lugar o morada del poder de las tinieblas", con las manos extendidas en el gesto que en la antigüedad acompañaba a todo compromiso solemne, el que va a ser bautizado declara la ruptura del pacto que le unía a Satanás.

A la abjuración de Satanás y de sus "pompas" sigue en seguida la adhesión a Cristo. Esta vez el catecúmeno se vuelve hacia Oriente de donde viene la luz de Cristo, hacia ese Oriente que es también el camino del Paraíso, y hace profesión solemne de fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu:

“Entonces, cuando renuncias a Satanás, denunciando sin ambages todo pacto con él..., se te abre el Paraíso de Dios plantado por El en Oriente... Como símbolo de este acontecimiento está tu cambio de frente del Occidente hacia el Oriente que es el país de la luz. Entonces se te ha pedido que digas estas palabras: "Yo creo en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo, y en el único bautismo de penitencia. "Este tema se ha tratado ya ampliamente en las anteriores catequesis, según nos iba concediendo la gracia de Dios". (Catequesis 19,9)

Por consiguiente, todo el contenido de la fe se resume en la fórmula de adhesión del nuevo cristiano a las tres divinas personas; esta adhesión a Dios en Cristo es la que constituirá el acto de fe que se requiere para el bautismo. Este se dará inmediatamente después, ya al alba del santo día de Pascua.

Catequesis mistagógica

Después del bautismo, les toca todavía a los neófitos vivir una última etapa de la catequesis de tipo enteramente nuevo para ellos, ya que hasta ahora nunca se había tratado sobre la catequesis sacramental. Se consideraba que era necesario haber recibido el bautismo antes de entrar en el "misterio" de los sacramentos cristianos. Esto sucedía, ante todo, por respeto a la ley del "arcano", que prohibía comunicar este misterio a los paganos, incluso a los que aún no se hallaban plenamente integrados a la Iglesia. Pero, sobre todo, la costumbre de no dar la catequesis de sacramentos hasta después del bautismo y la eucaristía nacía de la convicción de que los sacramentos son acontecimientos y no nociones. Valía más la pena vivirlos antes, y que luego se diera su significación.

“No es hoy, hijos auténticos y queridos de la Iglesia, cuando quiero dedicarme a comunicaros los altos secretos del Espíritu y del cielo. Pero como yo sé que se cree más fácilmente lo que se ve que lo que se oye, he aguardado hasta ahora. Los tomo, pues, al salir de su experiencia pascual, especialmente dispuestos a escuchar mis palabras, para guiarlos de la mano hacia la pradera luminosa y perfumada de nuestro precioso tema”. (Catequesis 19,1)

E igualmente San Ambrosio:

“Ahora ha llegado el momento de hablar de los misterios y daros a conocer el orden mismo de los sacramentos. Si antes del bautismo hubiéramos pensado en revelárselo a los todavía no iniciados, hubiéramos hecho una traición más que una revelación. Además, la luz misma de los misterios penetra mejor inadvertidamente que después de haberla precedido explicaciones”. (De Mysteriis, 1)

En lenguaje moderno, es la importancia de una pedagogía "activa", que permite vivir antes el acontecimiento, y lo explica a continuación. Cuantos fieles querían acudir, podían participar en esta enseñanza. Este lugar que ocupa la catequesis ampliada a toda la comunidad, y esto dentro de la misma asamblea litúrgica, puede ser idóneo para hacernos reflexionar sobre la disociación frecuente entre la liturgia y la enseñanza cristiana.

Las catequesis mistagógicas que conocemos presentan tres tipos de explicación de los sacramentos. En primer lugar, un comentario de los ritos últimamente vivido por los neófitos, cuya memoria así se estimula: "Recuerda lo que se te preguntó; acuérdate de tus respuestas". Viene en seguida una teología bíblica de los sacramentos presentados como continuación de las grandes obras de Dios en el Antiguo Testamento: liberación de Egipto y bautismo; maná y eucaristía. Y finalmente, la catequesis mistagógica procura responder a dificultades teológicas, como por ejemplo, saber si la Virgen fue bautizada, si hay que reiterar el bautismo para un excomulgado, etc. Se advierte, sin embargo, que la enseñanza que se da durante la semana de Pascua a los nuevos bautizados no es siempre un comentario a los sacramentos. En las homilias de San Juan Crisóstomo se trata de un resumen de vida cristiana según San Pablo; en las de Asterio el Sofista, de un comentario de los salmos.

Al final de la semana de catequesis mistagógica, los nuevos bautizados dejan sus vestidos blancos. Su iniciación cristiana terminó. En adelante alimentarán su fe en el seno de la comunidad cristiana y en la vida litúrgica.

CONCLUSIÓN

Volvamos ahora la vista atrás, al camino que hemos recorrido, en toda la profundidad que hemos procurado sondear. Vemos ahí una serie de personas vivas, de acciones, de momentos que se relacionan, se encuentran y se conjugan en esta catequesis; vemos ahora mejor cómo es una iniciación cristiana total, una acción plenamente humana y divina a la vez.

Hemos encontrado ciertas personas: ante todo a Cristo, que atrae a los hombres hacia sí, y a Satanás que trata de desviarlos; a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y en ella a todos sus miembros: el obispo, la comunidad de fieles, al padrino que la representa; y el catecúmeno en su relación con todos los demás, en marcha con ellos hacia la plenitud de la vida cristiana.

Hemos visto a estas personas comprometidas todas juntas, en Iglesia, en todas las formas de acción, de la inteligencia y del corazón, de la vida individual y social de relación con Dios y con los demás; en la enseñanza, el ayuno y la oración, el culto, el esfuerzo de encarnación de la fe en toda la vida.

Las hemos seguido en la necesaria progresión temporal de toda vida humana, de etapa en etapa hacia un final que no es otra cosa sino el comienzo de una vida nueva.

INICIACIÓN CRISTIANA EN EL NUEVO TESTAMENTO

Casiano Floristán. Para comprender el Catecumenado. Verbo Divino, Estella, 1989.

1. Prefiguración de la iniciación cristiana en el judaísmo

a) La admisión de los prosélitos en la comunidad judía

En tiempos del nacimiento y primer desarrollo de la Iglesia, el pueblo judío aceptaba en su seno a no israelitas que renunciaban al politeísmo y deseaban formar parte del judaísmo con toda clase de derechos y deberes. Eran los «temerosos de Dios» o «prosélitos» (Hch 13, 43; 16, 14). El influjo judío entre los paganos fue notable en el s. I de nuestra era. Recordemos que había comunidades judías en toda la Diáspora, que propagaban la fe en el Dios único y hacían accesibles las Escrituras. Los paganos convertidos al judaísmo eran introducidos en la sinagoga mediante un rito. Según el Talmud de Babilonia, se discutió entre los años 90 y 130 la importancia decisiva de la circuncisión o del baño de los prosélitos. Hubo rabinos que equiparaban a un pagano, bautizado al modo prosélito, con un verdadero judío; ambos podían comer la pascua. De ordinario, el bautismo, como inmersión total, se daba a los ocho días de la circuncisión como signo de incorporación a la comunidad israelita y como perdón de los pecados o liberación de toda impureza pagana. Recordemos, con todo, que se trataba de un autobautizo (nunca fue así en el cristianismo), para paganos (no para judíos), y sin motivación escatológica (decisiva en el bautismo cristiano).

Por supuesto, no siempre eran puros los motivos de conversión. Había paganos que se hacían judíos por motivos financieros, a causa de un buen matrimonio, para lograr un empleo, agradar al amo, obtener beneficios de la caridad judía, o por miedo del poder del pueblo elegido. Flavio Josefo narra algunos casos.

Se explica el baño de los prosélitos en relación a las purificaciones rituales previstas por la ley judía. El ideal bíblico judío de la pureza era exigente, sobre todo cuando se trataba de introducir a un pagano impuro en el pueblo sacerdotal o nación santa (Ex 19, 6). Quizá este rito no tuvo en sus comienzos un sentido completo de iniciación, como lo tenía la circuncisión, pero poco a poco ganó prestigio frente a la misma circuncisión, prohibida en tiempos de Adriano. Por otra parte, el baño era rito posible con mujeres convertidas al judaísmo, no así la circuncisión; sin olvidar asimismo la conversión eventual al judaísmo de árabes anteriormente circuncidados. El bautismo de los prosélitos entrañaba la aceptación de la fe y de la ley judías .

Aunque la Biblia y el Talmud se alejaron mutuamente en muchos aspectos, hay una cierta semejanza en las nociones de alianza y de pueblo. Para participar en la alianza, se necesita una fe viva y unos ritos de entrada en la comunidad.

Para apreciar que la conversión del prosélito se fundaba en el amor de Dios y no en el interés humano, se imponían unas condiciones de admisión. En el s. II, los rabinos se oponían a una admisión incontrolada. Así se llegó a una codificación ritual, que desarrollaba la adhesión al judaísmo en tres momentos:

- Había un examen o juicio ante una especie de tribunal de tres personas o testigos expertos que indagaban los motivos de la conversión. Se le advertía tres veces al candidato sobre los peligros de la persecución a los judíos (cf. Jos 24, 19-23). Al final del examen, venía la admisión.
- El admitido comenzaba un período de instrucción para conocer los mandamientos, la caridad, los castigos y el mundo futuro. Esta catequesis duraba un cierto tiempo.
- Al final de la instrucción venían los ritos: circuncisión, baño y ofrecimiento de un sacrificio. El sacrificio desapareció con el templo después del año 70. Los tres expertos de la admisión eran testigos de los ritos. Decisivo era el baño.

El baño de los prosélitos, cuyo ritual es del s. II, estaba en uso al comienzo de la era cristiana cuando empezó a estructurarse la Iglesia. No olvidemos que el proselitismo se extendió con la Diáspora después del período macabeo. El anuncio, conversión y entrada en la comunidad judía fueron obra de un pueblo vivo y creyente. Precisamente la comunidad cristiana vivió, entre los años 70 y 100, circunstancias parecidas al judaísmo, a causa de las leyes restrictivas imperiales y de la dispersión de los creyentes entre los paganos. Evidentemente, la comunidad judía evolucionó más lentamente que la cristiana.

b) La admisión en la secta judía de los esenios

Aunque tampoco es fácil conocer las influencias que las comunidades de Qumrán tuvieron en el cristianismo primitivo, es útil analizar el ritual que dichas comunidades empleaban con los candidatos a las mismas. De hecho, muchos esenios se convirtieron al cristianismo después de la catástrofe del año 70. Probablemente, dada la vida retirada que tenían las comunidades de Qumrán, «el influjo de los esenios en la gran masa del judaísmo y en el cristianismo —piensa A. Diez Macho- no pudo ser más que periférico y lateral. Además, desaparecida la secta en tiempo de la guerra contra los romanos (66-70), su influjo en el cristianismo sólo pudo ejercerse desde entonces a través de esenios conversos». Lo cierto es que en la comunidad de Qumrán existía un conjunto de prácticas bautismales correspondientes a cada etapa de la iniciación de los novicios en las reglas de la comunidad. Los miembros de la comunidad se bañaban diariamente antes de la comida. Conocemos algunos textos que describen los ritos y quedan restos de algunas piscinas descubiertas en lugares que tenían instalaciones hidráulicas. Las comunidades de Qumrán nacieron de una ruptura radical contra el templo de Jerusalén y su sacerdocio, considerados impíos y pervertidos. Los esenios se consideraban el pequeño resto judío, en cuyo seno se cumplía el verdadero Israel.

A la luz de los escritos de Flavio Josefo y de los documentos encontrados en 1947 en las orillas del Mar Muerto, la iniciación a la comunidad esenia constaba de varios constitutivos y etapas:

- El acto decisivo que debía desarrollarse durante toda la vida era la conversión o cambio radical de quien entraba en la vía justa. De una parte, entrañaba una toma de conciencia del mal cometido, y de otra suponía una iluminación divina. Era, pues, alejamiento del mundo pervertido (el de la mayoría de los israelitas) y entrada en la comunidad del desierto mediante una especie de juramento solemne.
- La entrada en la comunidad comenzaba por una especie de postulante, equivalente a un año de probación después de la admisión. Constaba de una serie de etapas fijadas con rigor. Un responsable examinaba minuciosamente las aptitudes de los candidatos y su capacidad de vivir las reglas de la comunidad. De todo ello daba cuenta a la comunidad, la cual decidía aceptar o rechazar al candidato.
- Si el candidato era admitido, entraba en un noviciado de dos años, durante los cuales participaba en los baños, pero no en la comida comunitaria del mediodía. Terminaba este período con la admisión plena a la manera de vivir integralmente la ley de Moisés, tal como la interpretaban los discípulos del maestro de justicia. Este período de tipo catecumenal o monacal era tiempo de aprendizaje práctico de fe y de conocimiento de las reglas de la comunidad, que se observaban estrictamente. Para la admisión definitiva hacían falta pruebas.

«Hasta la mitad del s. II, el cristianismo, esparcido por toda la cuenca del Mediterráneo -afirma J. Daniélou- es de estructura judía», También debe señalarse, según la tesis de B. Reicke, el influjo ejercido por el judaísmo en las comunidades cristianas entre los años 49 y 70 y el liderazgo que tuvo la comunidad de Jerusalén sobre el resto de las demás comunidades hasta el año 70, cuando se estructura el cristianismo. Con todo, el influjo de los ritos judíos sobre el cristianismo primitivo es discutido entre los investigadores. Evidentemente, al nacer el cristianismo en un contexto religioso con baños rituales, e incluso con la participación de los primeros creyentes en ciertas prácticas judías (Hch 3 al 15), no es extraño que el bautismo cristiano tuviese prefiguraciones en los baños reli-

giosos anteriores. En definitiva, el bautismo no es un rito nuevo -afirma G. Kretschmar- sino un « baño ritual recibido de la práctica judía, pero reformado por la persona de Cristo y su promesa».

Naturalmente, las diferencias entre los baños judíos y el bautismo cristiano son mayores que las semejanzas. Con el bautismo se entra en el ámbito escatológico del reino que viene, no meramente en la esfera religiosa divina. Pero en cualquier caso, se observan ciertas similitudes. La entrada en el grupo religioso supone la presentación del candidato, así como unas pruebas de conocimiento y conducta hasta recabar la total admisión. De este modo se amplía la comunidad, cuya asamblea reunida juega siempre un papel decisivo.

2. El bautismo, gesto fundamental de la iniciación cristiana

a) Del bautismo de Juan al bautismo de Jesús

El origen de la práctica bautismal de los primeros cristianos procede del bautismo de Juan, no de las lustraciones helenísticas o de los baños judíos. Juan Bautista proclamó y practicó «un bautismo en señal de enmienda, para el perdón de los pecados» (Mc 1, 4; Le 3, 3). Bautizarse, según el rito de Juan Bautista, equivale a «ser sumergido» o a morir; el bautismo o la inmersión -afirma J. Mateos- «se usaba en el judaísmo como símbolo de un cambio decisivo en la vida, tanto religiosa como civil». En el judaísmo, la inmersión de los prosélitos significaba el abandono de una vida pagana y la aceptación de un proceder judío; en el caso de Juan, el bautismo equivalía al arrepentimiento y enmienda, sepultando un pasado de injusticia mediante un cambio de vida y un compromiso de conducta enmendada.

Dentro de los movimientos bautismales judíos de aquellos tiempos, el bautismo de Juan es original:

- 1) Es inmersión única e irrepetible, no mera ablución reiterable.
- 2) Es recibido de otro, no es autobautizo, a diferencia del baño de los prosélitos y del practicado en las comunidades de Qumrán.
- 3) Dirigido al pueblo de Israel, exige «que cada uno se reconozca públicamente cómplice de la injusticia y exteriorice su ruptura con ella, comprometiéndose a rectificar su conducta».
- 4) Es gesto profético de conversión y de perdón, cuyo valor se debe a la fe que tiene el neófito en la palabra que recibe de Dios, a través de su servidor.
- 5) Es un gesto escatológico, dado con vistas a la inminente venida del juicio de Dios.

La conversión que proclama Juan, así como el perdón, son dones escatológicos de Dios, al mismo tiempo que exigencias a los hombres, lejos de todo carácter mágico-sacramental.

Jesús fue bautizado por Juan (Mc 1,9), con una particularidad: no confesó sus pecados ni tuvo que enmendarse (Jn 1, 5), pero tomó conciencia de su misión respecto de la sociedad injusta existente para reformarla. Al mismo tiempo, Jesús se muestra de acuerdo con el programa de Juan: ruptura con la injusticia y compromiso de edificar una sociedad nueva, a costa incluso de la propia vida. El bautismo de Juan se refiere a un pasado; el de Jesús, a un futuro, a saber, a una liberación de los hombres de toda opresión. Por eso la muerte de Jesús se llamará «bautismo» (Jn 10, 38s).

Después de su bautismo, Jesús bautiza (Jn 3, 24) y hace bautizar a sus discípulos (Jn 4, 1) para mostrarse de acuerdo con el movimiento reformador de Juan Bautista, pero pronto abandona esta práctica, dado su carácter preparatorio. En realidad, estos textos, piensa G. Lohfink, indican la superioridad de Jesús sobre Juan Bautista. Los sinópticos no describen ninguna práctica bautismal hecha por Jesús. Incluso cuando el Jesús prepascual envía a sus discípulos en misión (Mc 6, 7-13; Mt 10, 1.5-15; Le 9, 1-6)), no les da el encargo de bautizar.

Después del encarcelamiento o de la muerte de Juan, Jesús proclama su mensaje que se basa en la cercanía del reinado de Dios y en la exigencia de la conversión; pero sin negar la obra peculiar de Juan, el Maestro afirma su propia obra, enteramente soberana. Sin mediación sacramental de ritos, aunque no sin palabras y gestos, Jesús perdona los pecados. Es un perdón que no se funda en la proximidad de un juicio, sino en la misericordia y en la bondad de Dios. La conversión que proclama Jesús no es a la ley o al culto del templo, sino sencilla y radicalmente al reino de Dios y al Dios del reino. Así como Juan se coloca en lugar del culto judío, Jesús se sitúa en lugar de Juan, en medio del mundo, en nuestra situación. En realidad, Jesús es el sacramento radical, como lo son sus mensajeros. No dio a la comunidad pascual ningún rito de iniciación según un antiguo sacramentalismo, en el sentido de unir legalmente la salvación al cumplimiento de unos ritos. Jesús, como Juan, protestan contra todo legalismo judío y todo ritualismo cultural. El bautismo cristiano significa el compromiso de acabar con la injusticia y de construir una sociedad justa, para lo cual Dios concede el Espíritu Santo.

b) Del bautismo de Jesús al bautismo de los creyentes

Al parecer, fueron discípulos de Juan los que, a la muerte de su maestro, institucionalizaron su bautismo y lo establecieron como rito de iniciación a la comunidad. De hecho nunca se ha dado una Iglesia sin bautismo. Los discípulos de Juan que se incorporan más tarde a la comunidad cristiana se basan en que Jesús fue bautizado por Juan, no en que los cristianos aceptaron el rito del Bautista. El bautismo que Cristo recibió de Juan no fue ningún modelo ejemplar del bautismo cristiano en la Iglesia primitiva. Lo cierto es que la práctica bautismal es tan antigua como la primera comunidad cristiana aramea. Nadie la discutió; resulta incluso misteriosa. Así llegamos a la conclusión de K. Aland, aceptada por R. Pesch: «No sabemos ni cómo, ni dónde, ni cuándo surgió el bautismo cristiano». Históricamente no podemos justificarlo; sólo podemos hacerlo teológicamente. De hecho, así lo hacen los evangelios cuando relatan la orden de bautizar puesta en boca del Resucitado (Mc 16, 14-18; Mt 23, 18-20; Lc 24, 36-39).

Se ha emitido la hipótesis de que los primeros discípulos, al considerar los sucesos pascales con una perspectiva apocalíptica, vivieron una situación análoga a la que vivió Juan Bautista. Por eso el bautismo cristiano no aparece como un rito de iniciación orientado hacia una salvación ocurrida, sino que se manifiesta como sello sacramental ante el juicio venidero del mundo.

En estricto rigor, cristiano es el bautizado. «Desde los orígenes -afirma R. Cabié- se entra en la Iglesia por medio de un rito de agua; en efecto, el bautismo aparece al mismo tiempo que la comunidad cristiana». De acuerdo con la práctica cristiana más primitiva, heredada de Juan Bautista y reinterpretada por Jesús, el bautismo es obra del Espíritu de Cristo, en cuyo nombre se celebra, al mismo tiempo que entrada en la comunidad de los que creen en el Resucitado. Es expresión visible de la fe en Jesús como Señor. Bautizarse significa identificarse con la causa de Jesús, optar por el sentido de la vida que manifestó Cristo. Entraña una conversión a los valores del reino de Dios y un compromiso de vida.

Al mismo tiempo es el bautismo recepción de gracia y de Espíritu. No es tanto una purificación de culpabilidades humanas, cuanto reconocimiento de una profunda y radical liberación del poder del pecado y de la muerte. Por eso decimos que el convertido es bautizado en el nombre de Jesús (en el agua y en el Espíritu), en su fuerza, en su gracia, al mismo tiempo que recibe el Espíritu Santo, vinculado con frecuencia al gesto de la imposición de manos. Esto supone la fe en el Señor. De este modo, el bautismo cristiano se diferencia de cualquier otro baño religioso. El bautismo sin fe (personal o de los padres) es un baño de agua inexpresivo, como la fe sin el bautismo es una fe inexpresada, incompleta. La fe y el bautismo, íntimamente ligados, son dones de Dios aceptados responsablemente por el creyente convertido que se hace bautizar. Piénsese que tanto en el rito de Juan, como en el bautismo cristiano, uno no se baña a sí mismo, sino que recibe el gesto de otro, que además es único.

Bautizarse es ingresar en la comunión de los cristianos, en la Iglesia, representada por una comunidad concreta. No somos cristianos individualmente y a solas, sino comunitariamente, con los otros hermanos creyentes.

Finalmente, bautizarse es algo más que salvarse: es reconocer que estamos salvados, es aceptar que el gesto sacramental se relaciona íntimamente con el bautismo de Jesús, a saber, con el acto histórico de la muerte del Señor y de su resurrección, que es salvación radical del Salvador del mundo y de los hombres.

3. Relatos neotestamentarios de admisión al bautismo

Las alusiones al bautismo son frecuentes en el Nuevo Testamento, pero casi siempre se trata de textos ocasionales y esquemáticos, bien de tipo narrativo, bien de tipo dogmático. En particular nos interesan algunas narraciones bautismales de los Hechos, de cara a descubrir un posible esquema de iniciación, a pesar de que no sean los testimonios más antiguos sobre el bautismo cristiano²¹. En estas narraciones se trata de describir el acceso a la fe o a la conversión de tres personajes representativos: el etíope eunuco (un pagano no romano), Saulo (un judío) y Cornelio (un pagano romano), en el contexto de gestación de la nueva Iglesia (Hch 8, 4-11, 18).

a) Conversión y bautismo del tesorero etíope

El etíope eunuco (Hch 8, 26-40) representa al pagano estéril simpatizante del judaísmo que descubre la Escritura al regresar del culto muerto de Jerusalén. Felipe es un misionero entre los samaritanos, en oposición a Simón, un mago que comerciaba con lo religioso, a pesar de estar bautizado. El proceso de iniciación se puede descubrir en estas etapas:

- Aunque no sabemos la preparación previa del eunuco, parece un «temeroso de Dios», quizá es un prosélito, está abierto a la fe y se esfuerza en conocer las Escrituras. Con sencillez pide ser guiado. Es la etapa precatecumenal.
- El evangelista Felipe le anuncia la buena nueva de Jesús y lo catequiza en relación al reino, al don del Espíritu y al bautismo. Desaparece, como desapareció Cristo en la cena con los discípulos de Emaús, para manifestar que el Señor está presente en los signos de caridad y sacramentales. Es la etapa central de la iniciación.
- Felipe y el eunuco se sumergen en el agua para significar que el bautismo es ruptura con el pasado y entrada en una nueva vida. Es la hora de la celebración sacramental. Desde ese momento, el bautizado sigue el «camino» cristiano con alegría, y el evangelizador lleva la buena nueva del Espíritu a otra parte.

b) Conversión y bautismo del judío Saulo

Lucas describe en tres relatos de los Hechos (9, 1-12; 22, 6-21; 26, 12-23) la conversión de Pablo. En síntesis, estas tres narraciones afirman que Saulo, en su camino de persecución a los cristianos, es encontrado por Jesús, cae del caballo y se convierte; es iniciado, bautizado y acepta la misión a los paganos²². Para detectar aquí un proceso de iniciación, podemos dividir la transformación de Pablo en tres momentos.

- Conversión personal. Pablo fue desde su juventud fariseo conservador y extremista. Su militancia beligerante y fanática frente a la iglesia helenista le condujo a encarcelar a cristianos, forzarlos a blasfemar y perseguirlos hasta las ciudades extranjeras. No era un alejado del cristianismo, sino un enemigo. Pero gracias a su conducta irreprochable y a su antigua preparación en la escuela de Gamaliel, es capaz en su «camino» violento de ver una gran «luz» (reconocimiento de Dios) que le deja «ciego» (le falta el Espíritu de Cristo), caer en tierra del «caballo» (abandono del poder, que se opone a la Iglesia) y oír una «voz» (la palabra del Señor). Los «tres días» en ayuno significan pascualmente el estado de muerte.
- Preparación bautismal. Ananías, representante de los discípulos helenistas, es el educador cristiano de Saulo, a quien hace ver que Jesús es el Mesías y que, aparentemente fracasado ante los judíos, ha inaugurado el reino de Dios definitivo. Quizá Saulo recibió una catequesis antes de aceptar el kerigma o mensaje cristiano.
- Incorporación bautismal. Ananías impone las manos a Saulo y le da el título de hermano. Saulo recobra la vista y es bautizado, participa en la mesa (quizá eucarística) y se introduce en la vida común y misionera. Desde ese momento, es un discípulo o creyente que evangeliza, es decir, predica a Jesús como Hijo de

Dios. La desconfianza de la iglesia aramea de Jerusalén frente a Saulo desaparece gracias a la acción de Bernabé. Hubo garantías en la iniciación de Saulo.

c) Conversión y bautismo del centurión Cornelio

En la narración del centurión Cornelio (Hch 10, 1-11, 18) podemos ver tres escenas, correspondientes a tres momentos de la iniciación.

- Cornelio, primer pagano recibido en la comunidad cristiana, es un «adepo» a la religiosidad judía, como se comprueba por sus «limosnas» y «oraciones», manifestaciones clásicas del israelita piadoso. Su experiencia de Dios tiene semejanzas con la experiencia religiosa de Pedro, en cuya comparación se aprecia la intervención salvadora de Dios. Aunque Cornelio no toma la iniciativa, está en disposición de abrazar la fe cristiana, a saber, es capaz de percibir la voz de Dios, salir de su aislamiento y superar ciertas barreras. Quiere ser miembro del pueblo del Dios judío y termina por pertenecer al pueblo del Dios cristiano.
- La Iglesia que misiona y catequiza, representada por Pedro, no es el judaísmo de la circuncisión y de la legalidad. Es la Iglesia abierta a los paganos, con los que se manifiesta el universalismo de la primera comunidad cristiana, modelo del cristianismo futuro. La instrucción comunitaria de Pedro a Cornelio (esquema fundamental del evangelio), en la que el apóstol desglosa la vida y actividad de Jesús a la luz de las Escrituras, es el credo cristiano. En realidad, el auditorio tenía fe judía; había una especie de «preparación evangélica».
- Al terminar la catequesis, sobreviene la efusión del Espíritu como un segundo Pentecostés a los paganos. Cornelio y un grupo de adeptos son bautizados por orden de Pedro «en el nombre de Jesús». Es posible que ya existiesen ministros adecuados para el bautismo. El acontecimiento bautismal termina probablemente con una comida, en la que participan judeocristianos y recién convertidos del paganismo. La estancia de Pedro por «unos días» indica la probable prolongación de la catequesis posbautismal.

4. Los inicios de la iniciación cristiana

a) Jesús, primer iniciador de la fe

De acuerdo a los testimonios evangélicos, Jesús fue bautizado por Juan, y el bautismo fue desde el principio rito de iniciación cristiana, gesto de incorporación al pueblo de la nueva alianza y símbolo del perdón de Dios. Según estas afirmaciones, el cristianismo es un movimiento bautista. ¿Fue asimismo Jesús un bautista? ¿Cómo practicó la iniciación?

En tiempos de Jesús eran frecuentes las abluciones con agua y los baños corporales, tanto en Oriente como en Occidente, entre judíos y entre greco-romanos. Eran ritos de pureza para pasar de lo profano a lo sagrado. Los puros o separados se distinguían de los pecadores. De ahí que estos ritos distinguiesen a los diferentes grupos religiosos que pululaban en el siglo I, antes y después de Cristo.

Jesús rechaza las divisiones y separaciones entre diferentes grupos sectarios por motivos de pureza ritual relativos al agua y a la mesa. Recordemos que el pueblo, de ordinario pobre en su conjunto, no se ajustaba a las normas de la pureza legal. Precisamente por esto surgen los movimientos bautistas, que exhortan a la conversión y anuncian la llegada del juicio inminente de Dios. «El rito bautista de salvación -afirma Ch. Perrot- se dirigía a todos y era accesible a todos, por encima de todas las barreras de pureza». Sin embargo, Pablo no alude nunca a Juan Bautista ni relata en las epístolas su propio bautismo personal; incluso llega a decir que «Cristo no me envió a bautizar» (1 Cor 1, 17). Pablo entiende que lo que salva es el acontecimiento de la muerte y resurrección de Cristo (bautismo de Espíritu), no el gesto bautista en cuanto tal (bautismo de agua).

Jesús elimina las prácticas purificadoras que convertían a los grupos religiosos en sectas encerradas en sí mismas. Su mensaje es universalista; sobrepasa todas las barreras, sociales, culturales, sexuales y étnicas. Va dirigido al pueblo, es decir, a los pobres y pequeños, incapaces de conocer y respetar las minuciosidades de los preceptos rituales. La salvación se adquiere mediante la conversión del corazón al reino que se acerca y que es de todos, de pecadores, prostitutas y soldados no judíos. Jesús forma un grupo de «no segregados», porque no ha «venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Me 2, 17). El bautismo cristiano, en continuidad con el de Juan, no es rito de purificación que separa, sino acto de agregación que une. Bautizar equivale a formar comunidad, no en torno a la Tora, sino alrededor del Maestro. En tiempos de Jesús -afirma Ch. Perrot- «el anuncio del perdón de los pecados por medio de un gesto entrañaba directamente la convicción de que estaba ya actuando la salvación escatológica» 24. Con Jesús han llegado la salvación y el reino. El inicia a los creyentes a una nueva vida. Ser discípulo es aceptar las exigencias del reino.

La iniciación ha de entenderse a partir de la que lleva a cabo Jesús. Sus tres años de ministerio constituyen el modelo de la iniciación cristiana: evangeliza y llama a los primeros discípulos, los forma como grupo y los instruye, los reúne asiduamente a la mesa y cena con ellos por última vez, los confirma en el misterio de la resurrección después de la pascua y los envía a evangelizar, instruir e iniciar. Los evangelios son, en última instancia, relatos catecumenales o narraciones para madurar la fe en la buena noticia del reino de Dios.

b) El proceso de la iniciación: misión - catequesis - bautismo

- El trinomio predicación - fe - bautismo es un rasgo característico de la praxis pastoral neotestamentaria. Aunque no es posible deducir del Nuevo Testamento el primitivo proceso de iniciación cristiana, puede observarse que, desde el comienzo de la Iglesia, los convertidos por el anuncio del kerigma, después de aceptar la fe, son agregados al pueblo de Dios mediante el bautismo, rito fundamental del catecumenado. Como hemos visto, el rito ya existía; lo había practicado Juan Bautista, quien a su vez tuvo en cuenta ciertos baños judíos. El rito era tan conocido que no necesitó ninguna explicación, como se observa en el primer bautismo de Pedro en Pentecostés (Hch 2, 38). En cambio quedará abolida la circuncisión como rito cristiano de pertenencia; a lo sumo se entenderá el bautismo como nueva circuncisión (Col 2, 11-12). La tesis que derivaba el bautismo cristiano del sacramentalismo helénico correspondiente a las religiones místicas es hoy escasamente defendida.
- «Es característico de la praxis bautismal de la Iglesia antigua -afirma G. Barth- el hecho de ir precedida de una extensa instrucción sobre el bautismo, instrucción que, a finales del siglo II y comienzos del siglo III, llegó a institucionalizarse tan sólidamente, que condujo a la creación del estado especial de catecúmenos como forma particular de ser cristiano antes de recibir el bautismo». La Didajé (7, 1), que es de comienzos del s. II, presupone una catequesis antes del bautismo. Esto hace sospechar que existió una preparación prebautismal en los comienzos de la primera comunidad cristiana, de modo semejante a la práctica ya existente con los prosélitos del judaísmo o con los novicios de Qumrán. Los relatos bautismales ya analizados presuponen esta práctica, aunque no la relatan, puesto que la preocupación de Hechos está en mostrar los éxitos de la misión, no la vida concreta de las comunidades. En Heb 6, 1 hay una referencia a la «instrucción de los catecúmenos», según interpretan hoy muchos comentaristas de esta carta. También puede deducirse que en las comunidades paulinas había una determinada instrucción prebautismal (cf. 1 Cor 15, 3ss) relacionada con el credo y el comportamiento moral.
- La descripción de los bautismos en el Nuevo Testamento es muy breve. No obstante, puede pensarse que hubo desde el principio exigencias bautismales: fe y conversión, sinónimos de adhesión a Cristo y de arrepentimiento; reconocimiento de la Iglesia y aceptación por parte de la comunidad; diálogo y examen para verificar la actitud y disposiciones del candidato, junto a la decisión final del responsable de la comunidad. Aunque no aparecen con claridad, podemos presuponer la existencia de unos «padrinos» o cristianos militantes que garantizaban al candidato delante de la comunidad y le ayudaban a madurar en su itinerario de fe 27.

- El bautismo se hacía probablemente por sumersión, a no ser que hubiese poca agua y se derramase en la cabeza. El hecho de encontrar en el Nuevo Testamento himnos, cánticos y fragmentos que se utilizaron en el culto primitivo hace pensar que también se usaron en los bautismos, pero esto no es seguro. Lo que parece cierto es la existencia de una confesión de fe («Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios») pronunciada en el bautismo (cf. Heb 3, 1; 4, 14; 10, 19ss), que incluía una obligación y una promesa de «permanecer firmes» 28. Al recibir el don del bautismo, el bautizado manifestaba su compromiso.
- En relación con la liturgia bautismal, aparece asimismo el gesto de la imposición de manos, signo de la concesión del Espíritu (Hch 19, 6). Pedro y Pablo imponen las manos a los samaritanos ya bautizados, para significar que los apóstoles están de acuerdo con la misión de Felipe en Samaría. Otra cuestión es creer que la imposición de manos apostólica sea un gesto de confirmación. En el Nuevo Testamento no se distingue entre bautismo y confirmación. Es evidente que algunos textos (Hch 8, 14-17; 19, 1-7) hablan de la imposición de manos que sigue al bautismo, pero este gesto significa que un bautismo sin Espíritu (el de Juan, que subsistía) no es verdadero bautismo, además de pertenecer al tiempo de una cierta estructuración litúrgica bautismal. Para el autor de los Hechos, bautismo, imposición de manos y recepción del Espíritu forman una unidad. La distinción entre bautismo y confirmación pertenece a una época posterior al Nuevo Testamento. Con todo, en el tiempo neotestamentario tardío ya se daban los dos componentes de la iniciación, el bautismo y la imposición de manos.

c) El relato de Emaús, prototipo de iniciación (Lc 24, 13-35)

Lucas, en el capítulo 24 de su evangelio, intenta mostrar el tránsito de la no-fe a la fe. El relato de los discípulos de Emaús se encuadra entre otros dos, el anuncio de la resurrección y la aparición a los Once. Los destinatarios del mensaje en estas tres perícopas se encuentran en una situación de no-fe: las mujeres «despavoridas», los de Emaús «ciegos» y los discípulos «incrédulos», pero todos ellos en búsqueda, a saber, con deseos de encontrar, tocar y ver el cuerpo de Jesús, al que lo creen simplemente muerto. El paso de la increencia a la fe se efectúa a través de dos mediaciones: la memoria de los sucesos y la apertura de la Escritura con una interpretación adecuada. «El paso de la fe -afirma L.-M. Chauvet- requiere que uno se desprenda del deseo de ver-tocar-encontrar para aceptar la escucha de una palabra que viene de los ángeles o del Resucitado mismo, reconocida como palabra de Dios».

Los tres relatos lucanos de la fe en el Resucitado muestran la iniciación bajo el símbolo de un «camino» que parte de Jerusalén y regresa a la misma ciudad, lugar de la muerte de Jesús y de sus apariciones, de la efusión del Espíritu y de reunión comunitaria, desde donde se despliega la Iglesia. Las mujeres, los discípulos de Emaús y los Once «regresan a Jerusalén» convertidos y misioneros. Recordemos que Lucas comienza su historia en el templo de Jerusalén (Lc 1, 9) y la termina en el evangelio (Lc 24, 53) con perspectivas universales (Hch 1, 8).

En el relato de los discípulos de Emaús, Jesús no es visible, pero está vivo, es el ausente que se hace presente en sus signos: lectura de la palabra, cena fraternal, fracción del pan. Dicho de otro modo, cada vez que la comunidad cristiana anuncia la muerte y resurrección de Jesús «según las Escrituras», se convierte en signo sacramental de Cristo y mediación del tránsito de la no-fe a la fe, es decir, del desconocimiento al reconocimiento, de los ojos cerrados a una visión de fe, del desconcierto a la misión, del grupo de amigos a la comunidad de hermanos creyentes. En la narración de Emaús, semejante a la del bautismo del etíope eunuco (Hch 8, 25-40), se pueden ver estas tres escenas:

- En la primera escena, los discípulos salen de Jerusalén «cariacontecidos», desorientados, en desacuerdo. No conocen bien a Jesús y se han equivocado en la confianza puesta en él. Simplemente creían que era un «profeta». No se han separado del todo de la institución judía. Su idea mesiánica es nacionalista y su esperanza meramente temporal y política. Todo ha terminado o termina con la muerte. «Hay que descender al vacío de la decepción, afirma X. Léon-Dufour, para después exultar de gozo» 31. Es la etapa precatecumenal.

- La segunda escena empieza cuando los discípulos «se detienen». Comienza entonces un diálogo con el caminante, que es Jesús. La palabra de Dios ilumina los acontecimientos de la historia, especialmente los relacionados con la vida y la muerte. Dios habla a través de sus enviados: profetas, evangelistas, misioneros, predicadores, lectores. El mensaje central es éste: Jesucristo «está vivo». La resurrección de Jesús es el objeto central de la fe cristiana. Los discípulos escuchan la palabra del Señor, que les ayuda a interpretar el credo. En esta etapa es decisivo el testimonio de las Escrituras, que iluminan el misterio de Cristo. Aparecen en el relato las tres grandes lecturas sinagogaes, que serán posteriormente cristianas: Ley y Moisés (el seder), Profetas (la haftara) y Salmos (el mizmor).
- En la tercera escena, el caminante se revela como Jesús. De nuevo se repite la presencia de un personaje divino que, sin ser reconocido al comienzo (un caminante, un hortelano), desaparece en cuanto se manifiesta su identidad. Los discípulos son creyentes que deben vivir las exigencias de la fe. Han compartido el pan; deberán ser testigos y misioneros. La escena del pan está en relación con el reparto del pan, no con la celebración de la cena del Señor. El pan es el signo de una entrega, de Cristo y de sus discípulos, que se hará sacramento en la eucaristía. Los catecúmenos abren los ojos, creen y están de acuerdo. Son discípulos.

DEL BAUTISMO DE ADULTOS AL BAUTISMO DE NIÑOS

Casiano Floristán. Para comprender el Catecumenado. Verbo Divino, Estella, 1989.

En la historia del cristianismo hay dos hechos decisivos, casi simultáneos, que han influido profundamente en la acción pastoral de la Iglesia: la desaparición del catecumenado de adultos y la generalización del bautismo de niños. H. Urs von Balthasar piensa que el bautismo de niños es «en cierto modo la más grave de todas las decisiones de la historia de la Iglesia», decisión que entra en vigor precisamente cuando desaparece el catecumenado de adultos, «de excepcional importancia» en la formación de nuevos cristianos³. Estos dos hechos ocurren después de la gran evangelización de los pueblos romano y bárbaro, cuando se inicia la simbiosis entre la cristiandad y el imperio o la alianza de la Iglesia y el Estado, a partir del edicto de Milán (313) que da la paz a la Iglesia y le permite salir de la clandestinidad. «La proporción de adultos y de niños que se presentan al bautismo - afirma R. Cabié- se invierte progresivamente con la cristianización de la sociedad, y se termina admitiendo sólo en la Iglesia, salvo raras excepciones, a niños pequeños».

1. Ocaso del catecumenado de adultos

Los Padres de los siglos IV y V se dieron cuenta del peligro que corría el catecumenado cuando los bautismos comenzaron a multiplicarse indiscriminadamente. Querían mantener la exigencia heredada de bautizar solamente a creyentes capaces de vivir conforme a su fe. Sin embargo, a partir de la conversión del emperador Constantino, las conversiones se tornaron más interesadas o menos genuínas, al mismo tiempo que disminuyeron en la práctica las exigencias de la iniciación. Por otra parte, muchos adultos retrasaban su bautismo (les bastaba ser catecúmenos) o se adelantaba a los niños el suyo. De hecho, a partir del s. IV, a causa de los bautismos masivos, el catecumenado se vacía de contenido. Tiene importancia entonces la recepción del candidato para hacerlo cristiano (signación, exorcismo y gustación de la sal). Los escrutinios o «exámenes del corazón» iban acompañados de abundantes exorcismos. Se destacó la entrega y devolución del símbolo (*traditio-redditio symboli*), a la que se añadieron las del evangelio y padrenuestro. A la renuncia a Satanás se sumó la fórmula de adhesión a Cristo. Los actos de iniciación se redujeron más adelante a tres escrutinios, con la consiguiente desaparición gradual del catecumenado.

En el s. VI se había reducido la iniciación prácticamente a la cuaresma, con una disminución notable de catequesis y un aumento considerable de ritos, dada la presencia cada vez mayor de párvulos. Los escrutinios pasaron de tres a siete, entre semana, sin presencia de la asamblea cristiana, suplida por la familia. Sólo cabía una cierta instrucción con los padres de los infantes, que acudían en cuaresma a los escrutinios, ya que eran los garantes de una educación cristiana posterior de sus propios hijos, tal como lo relata Cesáreo de Arles en la primera mitad del s. VI. Con los adultos candidatos al bautismo, cada vez más escasos, se pretendía instruirlos en un espacio breve de tiempo antes de pascua o de pentecostés, únicas fiestas primitivas bautismales. Así, Martín de Braga exigía en España tres semanas de preparación, Bonifacio en Alemania dos meses, y siete días Alcuino en tiempos de Carlomagno. En resumen, a partir de los s. VI y VII, tanto el catecumenado como el bautismo de adultos, afirma D. Borobio, entraron «en un proceso de desfiguración y desaparición, al generalizarse el bautismo de niños y considerarse la sociedad como totalmente cristianizada, al multiplicarse las parroquias y no ser ya posible una celebración unitaria de la iniciación».

2. Comienzo del bautismo de niños

El Nuevo Testamento, escrito en función de una situación misionera, no habla explícitamente del bautismo de párvulos, sino del bautismo de conversión, mediante el cual, judíos y paganos en cuanto adultos convertidos, ingresan en la comunidad cristiana. Los textos neo testamentarios no aportan ningún dato directo sobre el

bautismo de niños, ya que para las primeras comunidades carecía de importancia esta cuestión. La atención pastoral estaba centrada en el binomio fe-bautismo correspondiente a los adultos. En el Nuevo Testamento no hay una norma para el bautismo de niños, aunque tampoco se desprende del mismo una prohibición. El principal argumento neotestamentario a favor es el extraído de los bautismos que hizo Pablo de familias o casas enteras (Hch 16, 15.33; 18, 8; 1 Cor 1, 16), que incluían los niños de la comunidad doméstica, dada la solidaridad del hogar antiguo (el oikos). Otros argumentos esgrimidos se deducen de las bendiciones que Jesús hizo a los niños (Me 10, 13-16 par.), del bautismo judío de los prosélitos (caso de familias enteras con sus niños pequeños), de la similitud con la circuncisión judía y de la santidad de los infantes (1 Cor 7, 14), argumentos todos ellos ambiguos e indirectos. En realidad, afirma G. Barth, «no se puede probar que en tiempo del Nuevo Testamento se bautizara a los niños y especialmente a los recién nacidos: a ellos solos o juntamente con los adultos. Ciertamente no se puede probar tampoco lo contrario, a saber, que no se bautizara también a los niños. Las fuentes no nos informan sobre ello».

De un modo relativamente claro, Tertuliano es el primer testigo, hacia el año 200, que habla explícitamente del bautismo de niños en un texto que ofrece dificultades de interpretación. La verdad es que Tertuliano no urgía el bautismo de niños por dos razones: la inocencia del infante («innocens actas») y la gran responsabilidad que contraían los padrinos si se bautizaban hijos de paganos. No se ha comprobado con total seguridad si hubo bautismo de niños en los dos primeros siglos, aunque la práctica de este tipo de bautismo es muy antigua. El segundo texto justificativo del bautismo de niños procede de la Tradición de Hipólito, de los años 215 ó 225. Afirma Hipólito que a la hora del bautismo se comience por los niños y que si pueden responder por sí mismos, que respondan; de lo contrario, que lo haga alguien de su familia. Otro texto se debe a una carta de san Cipriano a Fidus hacia el año 250. Hay historiadores que, a la vista de estos textos, concluyen que el bautismo de niños es, desde la más remota antigüedad, costumbre general de la Iglesia, o como dijo Orígenes: «tradición recibida de los apóstoles». Evidentemente no fueron bautizados en la Iglesia apostólica todos los niños; quizá solamente los que tenían alguna enfermedad, siendo sus padres necesariamente cristianos. También puede afirmarse que no causó sorpresa el primer inicio de esta práctica en la Iglesia antigua.

3. Generalización del bautismo de niños

La práctica del bautismo de niños se generalizó en el s. V, más en Occidente que en Oriente. El Concilio de Granada en España, a comienzos del s. IV, atestigua la existencia apreciable de bautismos de niños. Con todo, muchos padres cristianos hacían retrasar el bautismo de sus hijos. De hecho hubo Padres apostólicos, hijos de padres cristianos, nacidos en la primera mitad del s. IV y educados en la fe, que, no obstante, fueron bautizados a una edad adulta, en torno a los 25 y 40 años. Hubo adultos en el s. IV que, por temor a pecados futuros y miedo a la penitencia pública, retrasaron su propio bautismo y el de sus hijos. Se advierte en ese tiempo una cierta regresión.

Lo cierto es que el bautismo de niños es una praxis antigua, introducida en la Iglesia paulatinamente, sin sobresaltos ni controversias importantes hasta la Reforma. Tuvo un relieve particular en tiempos de san Agustín, especialmente con ocasión de la crisis pelagiana. Pelagianos fueron los primeros impugnadores del bautismo de párvulos, frente a los que argumentó san Agustín, reconociéndolo como un hecho universal y tradicional. El obispo de Hipona propuso las bases teológicas para justificar esta praxis, al aportar las ideas de la fides aliena, o fe prestada que tiene el párvulo cuando es bautizado, y la remissio peccatorum o perdón de los pecados, entre los cuales tiene relieve particular el «pecado original». Evidentemente, el bautismo tiene una estrecha relación con la fe. Los niños son bautizados en la fe de los padres, padrinos y comunidad cristiana, teoría elucidada por san Agustín, con la convicción de que el bautismo no es mero signo externo de una salvación interna y espiritual ocurrida en la fe personal, sino acción salvadora de Dios que interviene en la comunidad cristiana creyente y que exige la fe de los adultos que se bautizan o de los padres y padrinos del niño que desean bautizar.

Consecuencia de la toma de conciencia del dogma del pecado original, el bautismo de niños se adelantó hasta casi el nacimiento, aunque se respetaron al principio las fiestas de pascua y pentecostés como momentos propicios de celebración. La generalización del bautismo de niños, comenzada en el s. V, es ya un hecho a finales del s. VI. En los siguientes siglos, hasta el XI, fue decisiva la teología agustiniana para justificar el bautismo de párvulos, práctica que se consolidará sociológicamente por la unión del derecho civil con el eclesiástico, la ausencia del bautismo de adultos, las sanciones canónicas que se imponen a quienes retrasan el primer sacramento, el miedo a la desgracia de que muera un párvulo sin estar bautizado y la obligatoriedad de bautizar a los niños «cuanto antes». En el s. XII, el bautismo se administra en los días inmediatamente siguientes al nacimiento del infante, no sólo por las exigencias morales de borrar lo más pronto posible el pecado original, sino por el peligro de los recién nacidos, «pues pueden morir, dice un texto anónimo del s. XII, por la más mínima cosa». Por comodidad y seguridad se extendió la costumbre de bautizar por infusión en lugar de inmersión.

A todas estas reducciones hay que añadir algunas dificultades suplementarias. No se creó un nuevo ritual para bautizar a niños, sino que se emplearon los rituales antiguos de adultos. De ahí que los escrutinios (exámenes del corazón) se convirtieran en exorcismos (expulsión de demonios), ya que con los infantes no cabía una instrucción religiosa ni una decisión personal. Hasta el s. XII se administraba en Occidente a los recién bautizados la eucaristía.

En la Edad Media ya no hay catecumenado de adultos, salvo en el texto de los rituales, con los que se celebran la iniciación y el bautismo de niños en una sola sesión. Lo que se realizaba durante dos o tres años en los primeros siglos, y más tarde, a partir del s. VI, en una cuaresma, se redujo después, a partir del s. VIII, a veinte minutos, en un idioma desconocido del pueblo, sin apenas evangelización y catequesis, mediante un proceso casi exclusivamente ritual. Esta acción litúrgica se configura en el *Rituale Romanum* de 1614, que contiene dos ritos bautismales, para adultos y para niños. Este último contiene abigarradamente los elementos del Ordo bautismal antiguo: a) entrada en el catecumenado mediante la pregunta por el nombre, un interrogatorio breve, el soplo, la signación, la imposición de manos y la gustación de la sal (en la puerta del templo), b) recitación del credo y padrenuestro (en el itinerario al bautisterio), c) apertura de los oídos, renunciaciones, óleo de catecúmenos, profesión de fe y acción sacramental (en la pila bautismal) y d) el neofitado (crisma, vestidura blanca y cirio encendido). Así han sido bautizados los niños durante el tiempo de la cristiandad, hasta las mismas puertas del Vaticano II.

4. Evolución del bautismo, confirmación y eucaristía de niños

Según la tradición pastoral antigua, continuada por las Iglesias orientales hasta hoy, los niños recién bautizados recibían la confirmación y la comunión. Incluso algunos defendieron que sin crismación y primera comunión no valía del todo el bautismo, postura que a los «armenios» les valió una excomunión en 1341 por parte de Benedicto XII.

La tradición se diversifica a partir del s. IV. En las iglesias occidentales del s. V, el bautismo y la eucaristía son sacramentos propios del presbítero, mientras que la confirmación queda reservada al obispo, quien ratifica de algún modo lo que ha hecho previamente el párroco. Al separarse la confirmación del bautismo, se configura poco a poco un ritual especial del segundo sacramento, que por otra parte se administra no importa a qué edad (cuando viene a la parroquia el obispo), sin preparación alguna (es un sacramento insignificante) y de un modo abigarrado y masivo (todos a la vez).

A partir de comienzos del s. XIII ya no se da la comunión a los niños recién bautizados. El Concilio de Letrán de 1215 exige la edad de la «discreción», sin que haya acuerdo si es hacia los siete o doce años. Desde entonces se obliga a los fieles a comulgar una vez al año por pascua. La confirmación se celebra cuando está presente en la parroquia el obispo, sin que se tenga en cuenta, como he dicho, la edad de los candidatos. A partir del s. XV comenzó a darse la confirmación un poco más tarde, de tal modo que el catecismo para párrocos de 1566 recomienda que se administre después «que los niños tengan uso de razón».

Iniciación cristiana y catecumenado

Un cambio importante en la educación cristiana de los niños se produjo en el s. XVII, cuando se organizó la instrucción religiosa de acuerdo a las directrices del concilio de Trento. Hacia los siete años comenzaba la preparación de la confirmación y continuaba la educación religiosa hasta la primera comunión, hacia los once o doce años. Ya en el s. XVIII, la confirmación tendió a celebrarse en Francia después de la primera comunión, por razones prácticas, para asegurarse la presencia del obispo. Chocó esta tendencia con las directrices oficiales de la Iglesia. En 1910, el decreto Quam singulari de san Pío X adelantó la primera comunión a los siete años, edad fijada en 1917 por el Código de Derecho Canónico. Como consecuencia de este adelanto, se retrasó inevitablemente la confirmación. Así continuará la iniciación sacramental de los niños hasta el Vaticano II.

Después del Concilio, el bautismo de niños se inserta en el conjunto de la iniciación cristiana casi del mismo modo que antes del mismo. En primer lugar, la denominada «primera comunión» o primera eucaristía, entre los siete y nueve años, aunque ha mejorado en muchas parroquias por medio de una catequesis más apropiada, sigue siendo un momento culminante, no una etapa de la iniciación. La dificultad reside en la continuación de la catequesis con niños y adolescentes después de la primera comunión. Después de esta larga y problemática etapa, adviene la preparación a la confirmación, dentro de un proceso catecumenal en relación a la personalización de la fe y a la socialización comunitaria y eclesial del bautismo.

EVOLUCIÓN DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

S. I-IV	Catecumenado de adultos	Vigilia Pascual BAUTISMO-CONFIRMACION-EUCARISTIA			
S. V-XII	Catequesis con los padres de los niños	BAUTISMO-COMUNIÓN (sin esperar pascua)		CONFIRMACIÓN (en visita obispo)	
S. XIII-XVII	Educación familiar de los niños	BAUTISMO	CONFIRMACIÓN (7 años)	1ª COMUNIÓN (10-14 años)	
1640-1750	Extensión del catecismo escolar	BAUTISMO	CONFIRMACION (7-10 a.)	1ª CONFESION (10-12 a.)	1ª COMUNIÓN (c. 12 a.)
1750-1910	Catecismo escolar y parroquial	BAUTISMO	1ª CONFESIÓN (7-8 años)	CONFIRMACIÓN	1ª COMUNIÓN (10-14 años)
1910-1970	Catequesis parroquial	BAUTISMO	1ª CONFESIÓN 1ª COMUNIÓN (6-7 años)	CONFIRMACIÓN (c. 12 años)	
Después del Vaticano II	Catequesis de niños y de jóvenes	BAUTISMO (dilación)	1ª CONFESIÓN 1ª COMUNIÓN (8-9 años)	CONFIRMACIÓN (c. 16-18 años)	

5. Controversias sobre el bautismo de niños

a) En las Iglesias protestantes

A propósito del origen, sentido teológico y significado pastoral del bautismo de niños se suscitaron en las décadas cincuenta y sesenta importantes debates. Hasta los años treinta no planteó ningún problema agudo el bautismo de niños. Las primeras y más importantes discusiones se originan en Alemania durante el dominio nazi, en donde surge entre los protestantes una Iglesia Confesante (la denominada «Bekennende Kirche») frente a la Iglesia estatal, al plantear con seriedad el problema de la pertenencia cristiana y la justificación del bautismo de niños. En

1941, algunos párrocos defienden la prioridad del bautismo de adultos; en la discusión suscitada intervienen teólogos. Significativa es la posición que en 1942 adopta D. Bonhóffer, quien acepta la praxis existente como exaltación de la gracia, pero critica la generalización popular y masiva del bautismo de niños allí donde no existe una verdadera comunidad de fe, por lo cual es partidario de dar vía libre al bautismo de adultos. Afirma que por razones bíblicas no deben condenarse creyentes o párrocos que no bautizan a sus propios hijos. Lo que desfigura el bautismo de niños es su práctica como «costumbre burguesa», sin comunidad de creyentes y sin padres y padrinos, cuya fe no ha sido verificada. El bautismo de niños puede convertirse en «resto de incredulidad». En resumen, Bonhóffer acepta la antigua praxis, pero cree conveniente iniciar una nueva, la del bautismo de adultos.

Importante fue asimismo la toma de posición de K. Barth. Mientras que en sus primeros escritos, a partir de 1927, sostiene que el bautismo, y por supuesto el bautismo de niños, es signo sacramental y eficaz de la gracia, en 1939 primero (en un coloquio en Utrecht) y en 1943 después (IV Semana de las Facultades Teológicas de Suiza) ataca la legitimidad del bautismo de niños. El bautismo es un suceso «cognitivo», no «causativo». De ahí que el bautismo auténtico es el de adultos, en el que puede darse conocimiento y responsabilidad. Para K. Barth, el bautismo de niños no tiene sentido²⁴. Es una costumbre surgida sin fundamento bíblico, por motivos extradogmáticos, a causa de la unión de la Iglesia con la sociedad o como reminiscencia judía de la circuncisión, cuando se identifica la vía de la sangre con la de la salvación. En definitiva, el bautismo de párvulos es, para K. Barth, una «disolución ilimitada del bautismo cristiano», un «acto de poder», una «vieja equivocación eclesial» o una «lacría purulenta en el flanco de la Iglesia». En sus últimos escritos de 1967 se radicaliza todavía más: distingue entre un bautismo de Espíritu, expresión de la gracia, y un bautismo de agua, acción puramente humana, en el que el hombre responde y reconoce la acción de Dios. K. Barth termina diciendo que «sin las filigranas y sofismas exegeticos y oportunistas, es difícil salvar el bautismo de niños en conexión con la doctrina del bautismo».

Las discusiones se centraron entonces sobre las bases bíblicas justificativas del bautismo de niños. Los principales actores de la controversia fueron J. Jeremías y K. Aland. J. Jeremías sostuvo que la Iglesia practicó el bautismo de niños desde sus mismos comienzos; de la misma opinión fue O. Cullmann. Por el contrario, K. Aland defendió que no hubo bautismo de niños en el tiempo del Nuevo Testamento ni en los dos primeros siglos, manifestando al mismo tiempo una posición crítica frente a la práctica eclesial de bautizar a infantes, semejante a la de K. Barth.

Al examinar J. Moltmann en 1975 la función del bautismo en la Iglesia, reconoce que «el bautismo de niños es el pilar fundamental del corpus christianum, de la *societas christiana* y de una sociedad cristiana que reconozca al cristianismo». De ahí que no sea posible cambiar la praxis bautismal sin transformar la función de la Iglesia en la sociedad. J. Moltmann se inclina por el bautismo de adultos. Otro tanto piensa el monje americano A. Kavanagh, al afirmar que el bautismo de adultos es la norma y el modelo del bautismo de niños.

b) En la Iglesia católica

Las controversias surgidas en la Iglesia católica sobre el bautismo de niños no proceden tanto de la teología como de la acción pastoral. No olvidemos que, en el ámbito litúrgico, la práctica precede de modo ordinario a la teología. De una forma ostensible, ningún teólogo católico niega la justificación doctrinal del bautismo de niños. Históricamente y teológicamente, el bautismo de niños es válido. Las discusiones han sido y son propiamente pastorales. Comenzaron en Francia antes del Concilio, al acabar la segunda guerra mundial. En 1946 se manifestaron dos tendencias: los partidarios del «laxismo» y los defensores del «rigorismo». En 1951 publicó el episcopado francés un Directorio para la pastoral de sacramentos, en donde se constata la tensión existente entonces entre «los defensores de la severidad y los de la indulgencia», entre «los partidarios de los derechos del individuo y los de los derechos de la comunidad», o entre «los apóstoles de la evangelización y los defensores de la práctica sacramental». Se señala en este directorio que el bautismo de párvulos sólo puede ser celebrado si se da un compromiso de enviar al niño, en su momento oportuno, a la catequesis. La tensión se produjo entre una pastoral de cristiandad y una pastoral misionera. Se manifestó de un modo vivo hacia 1964. En 1965 publicó el episcopado francés una nota titulada *La pastoral del bautismo de niños*, en la que se centra la responsabilidad en los padres

del infante. Se propone una pastoral de la «dilación» entre el nacimiento del niño y el bautismo propiamente dicho.

A partir de las discusiones sobre el bautismo de niños, puede hacerse un balance de argumentos a favor y en contra. Se ha hecho eco de las controversias el documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe de 1980, titulado Instrucción sobre el bautismo de niños .

6. Argumentos sobre el bautismo de niños

a) Argumentos a favor

- El primer argumento procede de la teología agustiniana desarrollada en las controversias con los pelagianos. Sencillamente, el bautismo borra el pecado original del niño que trae consigo al nacer. La entrada en la Iglesia, realizada por el bautismo, es «remisión de pecados» y recepción de Espíritu. Este argumento lo expone con toda claridad la Instrucción de 1980, en donde se citan testimonios favorables de los concilios de Cartago, Viena, Florencia y Trento (n. 6-8).
- El segundo argumento proviene de la misma concepción del bautismo como obra de Dios que invita al hombre a su alianza, le regala la fe y le hace miembro de su pueblo. Dicho de otra manera, el bautismo de niños es un signo de la gracia preveniente de Dios; así se manifiesta claramente su iniciativa gratuita y salvadora. «Lo constitutivo del bautismo es su promesa de salvación, y no la confesión de fe del bautizando», afirma G. Barth. La citada Instrucción aplica al bautismo de niños lo que es propio del bautismo de adultos: «manifestación del amor gratuito de Dios, participación en el misterio pascual del Hijo, comunicación de una nueva vida en el Espíritu» y agregación «al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia» (n. 10). Como fundamento bíblico se cita a Jn 3, 5 (diálogo de Jesús con Nicodemo).
- Aunque le falte la respuesta inmediata, el bautismo de niños es válido, ya que el infante es bautizado con fe «vicaria». «Aunque no puedan aún profesar personalmente su fe» -afirma la Instrucción— la Iglesia bautiza a los niños «en su propia fe» (n. 14). Evidentemente, para esto se necesita «el consentimiento de los padres y la garantía sería de que el niño bautizado recibirá la educación católica» (n. 15). Aquí está el problema, en la garantía de una educación cristiana posterior, con objeto de que el bautizado «se confirme» más adelante en la fe.

b) Argumentos en contra

- No se sigue en dicha práctica el orden tradicional pastoral, a saber, proclamación del evangelio, aceptación del mismo por medio de la fe, y bautismo. Según el Nuevo Testamento, es necesario creer para ser bautizado. En el caso de los niños que se bautizan, se advierte que en ellos no se da conversión, fe personal, confesión de fe y deseo de bautizarse. Ahí radica el principal argumento de los bautistas.
- El segundo argumento procede del cambio cultural producido en la sociedad occidental con el advenimiento del mundo moderno. En la cristiandad había un clima cristiano dentro de la familia, profesión, escuela y cultura. Han cambiado profundamente las circunstancias pastorales. Es cierto que los padres quieren lo mejor para sus hijos sin necesidad de preguntarles, y que los más conscientes desean seriamente unos descendientes cristianos. Pero al mismo tiempo se observa que hoy no se hereda como ayer el estilo familiar, la profesión, la decisión matrimonial, la opción política, las pautas de comportamiento y los usos y costumbres religiosas. No es fácil garantizar para los hijos la posterior aceptación personal de la fe, ni aun en el caso de familias rigurosamente cristianas.
- El tercer argumento se deriva de la alteración del mismo sacramento. Sencillamente, el bautismo se devalúa en el caso de los infantes al generalizar lo excepcional y disminuir su significación de compromiso en la fe, identificando fe o religión con nacimiento, y engendrando muchos más hijos bautizados que la paternidad responsable de la Iglesia puede admitir para su posterior y adecuada educación.

- Un cuarto argumento se relaciona con la libertad de elección. Piensan algunos pastores que el bautismo de niños debe ser planteado en términos de libertad más que en perspectivas de tradición. De hecho, algunos jóvenes reprochan a sus padres la decisión que un día tomaron de bautizarlos. La afirmación de que el bautismo de niños atenta contra la libertad es juzgada por la Instrucción de 1980 como «absolutamente ilusoria», ya que «no existe la pura libertad humana que esté exenta de todo condicionamiento» (n. 21).

7. Pastoral del bautismo de niños

a) Los problemas planteados

En la generalización del bautismo de niños han influido diversas razones sociológicas (coherencia de la unidad familiar), sanitarias (frecuencia de mortalidad infantil), teológicas (necesidad de perdón radical) y pastorales (la implantación de la cristiandad). De hecho, el actual bautismo generalizado de niños no equivale siempre al sacramento de la fe, sino que en ocasiones es un rito sacramental más o menos religioso o sagrado. Pastoralmente se plantean dos cuestiones: si las familias que bautizan hoy a sus hijos son suficientemente cristianas como lo exige la fe de la Iglesia, y si los recién bautizados serán mañana previsiblemente creyentes, dada la secularización no sólo de la sociedad, sino de muchísimos bautizados. De hecho no se toma en serio el criterio tradicional de bautizar solamente a niños que sean hijos de padres cristianos, siempre que se dé una «seguridad moral» de su iniciación cristiana futura. En muchos bautismos actuales no se cumplen estos requisitos.

Hoy se admite que la alternativa no es bautismo de niños o bautismo de adultos, como tampoco es válida la contraposición entre bautismo de niños y educación indiferente. El criterio reside en asegurar una adecuada iniciación cristiana después del bautismo, al menos para una mayoría de los niños. Pero dada la situación de nuestra sociedad y las posibilidades pastorales de la educación cristiana, cabe preguntarse: ¿es posible asegurar hoy la iniciación cristiana a la mayoría de los niños después de su bautismo? ¿Hay responsabilidad de fe en los padres que desean bautizar a sus hijos y mediaciones de educación cristiana en nuestras parroquias? ¿Se dan auténticas condiciones pastorales para que se verifique lo que la teología afirma (muchas veces en abstracto) sobre el bautismo de niños? Recordemos que la teología del bautismo procede del bautismo de adultos, mientras que los criterios de acción pastoral bautismal se extraen del bautismo de niños .

b) Orientaciones generales del «Ritual del bautismo de niños»

La Sagrada Congregación para el Culto Divino promulgó el 15 de mayo de 1969 un nuevo Ordo baptismi parvulorum, cuya versión oficial al castellano apareció el 24 de junio de 1970 con el título de Ritual del bautismo de niños. Este nuevo ritual, consecuencia de las decisiones del Vaticano II (SC 67), sustituye al que se contiene en el Ritual Romano, promulgado por Paulo V en 1614, que, en realidad, era sustancialmente igual al ritual del bautismo de adultos de dicho Ritual Romano, aunque más breve.

Los comentaristas del nuevo ritual, sin controversias destacadas, están de acuerdo en señalar estas apreciaciones:

- 1) No es una abreviación del antiguo ritual, sino un rito nuevo para párvulos, tal como lo expresó el Concilio.
- 2) Su estructura es lógica y sencilla: acogida, servicio de la palabra, celebración bautismal y rito de despedida.
- 3) Se adapta a la situación real del párvulo.
- 4) Tiene en cuenta la participación y responsabilidad de los asistentes: padres, padrinos y asamblea.
- 5) No desciende a mínimos detalles; de ahí la posibilidad de diversas adaptaciones.
- 6) Se basa en la doctrina bíblica del bautismo como sacramento de la fe, incorporación a la Iglesia, nacimiento a la vida de Dios y participación en el misterio pascual.

En las orientaciones doctrinales y pastorales de este ritual se aduce el texto de Jn 3, 5 para justificar el bautismo de adultos y de párvulos. Se afirma asimismo que la Iglesia, «ya desde los primeros siglos», bautizó a niños «en la fe de la misma Iglesia, proclamada por los padres, padrinos y demás presentes», que representan a la Iglesia local y universal, según la doctrina de san Agustín.

c) Orientaciones pastorales concretas

• Pastoral de la «dilación» (Catecumenado de padres)

El episcopado francés publicó en 1965, al acabar el Vaticano II y después de promulgada la constitución sobre la liturgia, un documento titulado La pastoral del bautismo de niños, en donde se propone un intervalo de tiempo, sin precisar su duración, entre la inscripción y la celebración, para llevar a cabo una catequesis adecuada con los padres. La experiencia demostraba que esta catequesis era imposible después del bautizo del niño o antes de su nacimiento. De ahí nació la pastoral de la dilación del bautismo de párvulos, con objeto de llegar a una verificación más cuidadosa y a una exigencia mayor de disposiciones.

La pastoral del bautismo de párvulos fue estudiada en España en las jornadas nacionales de responsables diocesanos de liturgia de 1968. En las orientaciones finales, fruto de estas jornadas, se constata que «el tema del bautismo de los párvulos interesa como problema vivo en nuestros días en amplios sectores de nuestra geografía». Se afirma «que la actitud verdadera no es la de bautizar a cualquier precio a los hijos de padres, incluso descristianizados, valorando rápida y quizás injustamente su petición». Finalmente se admite, aunque con ciertas reservas, «dilatarse el tiempo de preparación al bautismo».

En el Ritual del bautismo de niños se recomienda que se tenga en cuenta «el tiempo suficiente para preparar a los padres» (n. 44), para lo cual «es necesario que a la preparación del bautismo preceda el diálogo con un sacerdote o con otras personas responsabilizadas en la pastoral bautismal» (n. 57). En otra parte se habla de «cursillos o conferencias» (n. 58). La Instrucción de 1980 llama a la dilación «demora pedagógica» (n. 31). De momento, esta pastoral produce buenos resultados, pero no soluciona los problemas de la iniciación cristiana ni la formación de la comunidad. Es necesaria una catequesis de inspiración catecumenal con los padres más estricta, más prolongada y con mayores exigencias.

• Pastoral del bautismo por «etapas» (Catecumenado de niños)

Hacia 1948 se propuso en la Iglesia anglicana bautizar solamente a los niños de familias rigurosamente cristianas; a los otros infantes se les admitiría con un rito de admisión, de acción de gracias o de bendición, con objeto de hacerlos catecúmenos. En la Iglesia católica, dentro de la pastoral de la dilación favorecida por el ritual del bautismo de niños, surgió en países misioneros y europeos la necesidad de un «rito de inscripción». En la diócesis de Arras se hicieron las primeras experiencias, continuadas en otras dieciséis diócesis. En realidad, más importante que la inscripción del niño es la acogida de los padres. Un infante no puede ser catecúmeno; sólo puede serlo el adulto o el niño llegado al uso de razón. Lo que se pretende con esta pastoral es inscribir al niño y acoger a los padres en un primer momento, después del nacimiento. Luego educar posteriormente al niño con una catequesis semejante a la que hoy se hace para la primera comunión, y finalmente hacerle participar en los tres sacramentos de la iniciación hacia los doce años, con la intervención del obispo en la noche pascual. Las «celebraciones de acogida» pretendían salir al paso del todo o nada, es decir, bautismo o no bautismo. Se trata en esta pastoral de pasar del catecumenado de padres al de niños y adolescentes. En la acogida se le hace al niño la señal de la cruz y se le da el nombre. La segunda etapa correspondería a la liturgia de la palabra dominical. Se terminaría todo el proceso con el bautismo, la confirmación y la eucaristía en la vigilia pascual.

La asamblea episcopal francesa de 1971 no alentó este camino, sino que afirmó la pastoral tradicional del bautismo de niños, como lo habían indicado los obispos alemanes un año antes en 1955 y lo haría en 1980 la Instrucción

de la Congregación para la doctrina de la Fe. Esta Instrucción, en general restrictiva, desestima la «inscripción» del niño, así como un rito apropiado a ese momento como entrada en el catecumenado, independiente del rito bautismal.

- **Pastoral del bautismo «aplazado» (Catecumenado de jóvenes)**

Según esta pastoral, defendida por D. Boureau, el bautismo sigue a un proceso de evangelización y catecumenado con adolescentes y jóvenes. Se comienza por un rito de acción de gracias que celebra el nacimiento del niño a la vida o la apertura del hombre al misterio de la creación. Es un rito que no tiene nada de sacramental; es un simple gesto de acogida «doméstico y privado» que concierne a la familia. Se trata de lograr, por medio de una adecuada evangelización, que el niño sea catecúmeno cuando llegue al uso de razón. La entrada en el catecumenado se hará cuando el niño o el adolescente hayan aceptado el mensaje cristiano. Por último, el convertido y catequizado es bautizado, confirmado y eucaristizado. En realidad se sigue el esquema del catecumenado de adultos y se preconiza el bautismo de jóvenes, aunque dentro de un pluralismo pastoral para el bautismo. En dos trabajos importantes, J. Moingt propone una «estrategia misionera» y un nuevo itinerario sacramental. Después de una petición adecuada, el niño sería bautizado entre los 6 y 12 años, cuando ya puede apropiarse el lenguaje de la fe. La penitencia sería en el tiempo de la crisis de la adolescencia, y la eucaristía entre los 10 y los 14 años, cuando comienza su socialización. El proceso sería coronado con la confirmación en la edad adulta, cuando se pueden expresar los compromisos definitivos. El pastoralista alemán N. Greinacher se mostró de acuerdo con las tesis de J.-Ph Bonnard y J. Moingt.

Aunque se manifiesta actualmente una cierta calma en torno al bautismo de niños, los problemas pastorales de fondo siguen patentes. No sólo resulta difícil la transmisión familiar de la fe, sino que cada vez se dan más casos de bautismos de niños, hijos de padres apenas creyentes y lejanamente practicantes o simplemente indiferentes e incluso increyentes. No faltan las peticiones bautismales de padres casados civilmente o libremente unidos en matrimonio que quieren bautizar a sus hijos. Por otra parte, crecerá previsiblemente el número de niños cuyo bautismo se aplaza para otro momento que nunca llega. Dentro de pocos años comenzará entre nosotros el bautismo de niños en edad escolar y de adultos convertidos, siempre que se proceda con una pastoral rigurosamente evangelizadora. Entre tanto preocupa gravemente el bautismo generalizado de niños sin que le preceda o le siga en muchos casos una acción pastoral adecuada. Se impone la necesidad de una catequesis de adultos de inspiración catecumenal.